

loso terreno. Isabel podía desechar el temor del Infierno por sus personales culpas; pero no por el pecado de consentir que su pueblo cayese en los abismos del descreimiento y la corrupción masónica. En esto tan sólo era consistente su voluntad; en lo demás se desmenuzaba, reduciéndose á migajas que el viento esparcía. Constábase asimismo á Serrano que Isabel II, en sus juicios aguda y cruel, mordaz en sus calificativos, se había dejado decir que **unos cuantos malhechores y rufianes jugaron á cara ó cruz la dinastía en el Campo de Guardias.** . . Y el General discurre así: "Yo no estuve en el Campo de Guardias; pero de fijo me comprende en el número de los rufianes que jugaron. . . En fin, ya sabremos en que parará esto. ¡Ay, O'Donnell de mi alma! Si hemos de hacer algo de provecho, es menester que al soltar las espadas tomemos cada cual un cirio. . . Transacción es esto, que no fanatismo... O transigir. 6...,"

Quedó en el aire el pensamiento del Capitán General de Madrid. La realidad que traía entre manos absorbió por completo su atención. Pensando juiciosamente que la mejor táctica era infundir terror, así en los nacionales, como en los diputados que aún sostenían en el Congreso una farsa de representación, mandó situar en puntos convenientes la artillería que acababa de llegar del vecino parque, y dió órdenes de fuego. Apenas iniciados los terribles zambombazos contra el Congreso y la Milicia, se retiró al

fondo del jardín. En hora tan temprana, pues aún no eran las ocho, el calor sofocaba. Habían dispuesto los ayudantes, sobre una mesa de despintado pino, agua, refrescos y aguardiente de Chinchón. Los oficiales que estaban en pie desde antes de media noche, acudían allí á tomar la mañana y á calmar su sed. Otros, en pie junto á los árboles, se desayunaban con fiambres que sacaban de papeles grasientos.

Dió Serrano concluyentes órdenes á varios Jefes de Cuerpo, que partieron al punto. Uno de ellos, el Coronel Villaescusa, acompañado de un Teniente Coronel de su regimiento, pasó al patio grande del Buen Retiro, donde los dos habían dejado sus caballos: montaron; picaron espuelas hacia la calle de Alcalá, atravesando por las arboledas del Retiro. Iba el buen Coronel, no digamos de mal talante, porque esto no expresará su rabiosa desazón, sino dado á los demonios, que en su cuerpo furiosamente se habían metido. Atacado el infeliz señor de su mal crónico del estómago, sentía que en esta víscera tenía su instalación todo el infierno, por el tormento que le daban dolores agudísimos y el fuego que en sus entrañas ardía. Necesitaba de una entereza, más que heróica, sobrehumana, para sostenerse en el caballo y dar cumplimiento á las órdenes del General. Estas fueron así: "Con el batallón que tiene usted en el Ministerio de la Guerra, cuidará de mantener libre la calle de Alcalá. Dos piezas de artillería que he

mandado situar entre el Palacio de Alcañices y la Inspección de Milicias, cañonearán á los milicianos que enredan por la calle de Alcalá, y hacen fuego desde los tejados de algunas casas. Cierre usted las entradas del Barquillo, de las Torres y Peligros; ocupe el Caballero de Gracia si no le hostilizan mucho **desde** los balcones; ocupe también la Plaza de Bilbao... Los efectos de la artillería nos lo darán todo hecho. A los milicianos que se retiren hacia los barrios del Norte, se les desarma tranquilamente. Creo que no han de oponer resistencia. Si se resistieran, usted sabe lo que tiene que hacer. Si en las Vallecas ó en Calatravas sacaran algún cañoncillo, de esos que les sirven de juguete, quitárselo, cueste lo que cueste, que mucho no costará... El segundo batallón, que siga en Santa Bárbara, Fábrica de Tapices y la Ronda, no permitiendo que salgan milicianos armados, ni que entren víveres de ninguna clase... Adiós, y aliviarse, que eso no será nada. „

No digamos que trinaba el Coronel, sino que del alma le salían rayos y truenos, y que furioso los masticaba, tragándose los aespúes envueltos en horrible amargura. Era un hombre de buena presencia, de faz morena y curtida, que con la terrible enfermedad había tomado color terroso; los ojos negros, el pelo y bigote con canas prematuras. En el Ministerio de la Guerra dió sus órdenes con la mayor concisión posible, apretando los dientes, como si cortando las

frases pudiese partir en dos el dolor que le atenazaba. Salió á recorrer las posiciones de Caballero de Gracia y Plaza de Bilbao, mostrando á sus subordinados un rostro de severidad aterradora, y una tiesura embalsamada, como la del cadáver del Cid cuando lo montaron en la silla para que á los moros dispersara, remedando en la muerte el miedo que vivo infundía su presencia. Daba cumplimiento exacto á las disposiciones del General, reservándose la facultad de alterarlas con libre iniciativa, si las circunstancias así lo reclamaban; exigía la observancia fiel, con maldiciones secas; la crudeza militar ponía en su boca rayos del cielo y resplandores de los abismos... Viendo á sus tropas tirotearse, en la parte baja de la calle de San Miguel, con los milicianos que ocupaban una casa en el Caballero de Gracia, infirió groseras ofensas á Dios, á la Virgen y á venerables Santos... Pasó tiempo... Al saber que los suyos habían dejado pasar un cañoncillo de mala muerte, en la calle de Peligros, pronunció frases altamente ofensivas para la Santísima Trinidad, para el Copón y las Once mil vírgenes. De estas sacrílegas exclamaciones no era responsable el pobre Don Andres, pues las pronunciaba como una máquina, en las horribles embestidas del demonio que dentro de sí llevaba.

Despejada de enemigos la calle de Alcalá, la recorrió Villaescusa **desde** el Depósito Hidrográfico hasta donde estaban los cañones, mudos ya. Allí supo la eficacia de la metra-

lla y bombas disparadas contra los milicianos de Vistahermosa y Medinnceli, y contra el Congreso. Una granada, penetrando por la claraboya del Salón de Sesiones, pidió la palabra con horrendo estallido en medio del hemiciclo, diciendo á los buenos señores allí presentes que se fueran á sus casas y no se metieran en más dibujos parlamentarios.

“No dijo eso, no dijo eso,-clamó rabioso el Coronel, arrojando toda clase de inmundas materias sobre el Verbo Divino, sobre el Arca de Noé, y también sobre las Once mil vírgenes, por quienes, en sus furibundos desahogos, tenía una predilección especial.

—¿Pues qué dijo, mi Coronel?

—Lo contrario, enteramente lo contrario-replicó, cual si en aquel doloroso estado no tuviera más consuelo que la contradicción. . . —¿Pero se acaba esto? ¿Estando aquí hasta mañana, por estos títeres de la Milicia?.,

Oyendo decir luego que el Presidente de las Cortes, General Infante, había pedido parlamento á Serrano, Villaescusa no dió crédito á la noticia, y como le aseguraran por testimonio de *visu* que en aquel momento trataban Serrano y Dulce, con Infante y los Jefes de la Milicia, de la suspensión de hostilidades, el Coronel trincó los dientes, se alzó un poco sobre los estribos, y con voces iracundas, entre las cuales no faltaban feas alusiones á San Pedro, á San Basilio y á otros personajes de la Corte celestial, dijo y repitió: “No puede ser; sostengo. que no puede ser., . Esto no acabará más que matan-

do al perro, para que se acabe la rabia. Des-poblar el mundo, digo yo, y así no habrá tontos....

Los sufrimientos del pobre señor, que toda la mañana habían sido intolerables, se aplacaron un poco después de mediodía. Corto era el alivio; pero aun así lo acogió el pobre enfermo con regocijo y gratitud, no dejando por eso de apostrofar suciamente á todas las potencias del cielo y de los abismos... Tronaba también contra el Gobierno, inculpándole por la prisa con que le trajo á Madrid, y le metió en fuego sin darle ni aun horas de descanso. Tanta fatiga y ajetreo provocaron el ataque, de una violencia superior á cuantos había sufrido. Al llegar á Leganés en la noche del 15, se iniciaron los dolores, y pasó una cruel noche, creyendo que se moría y deseando la muerte, único remedio, á su parecer, de tan inveterado y perverso mal. Aliviado á la mañana siguiente, fué á Madrid con objeto de ver á su familia y aun de abrazarla, que en su decaimiento le halagaba la idea de los abrazos; por el camino acarició el propósito de presentarse á O'Donnell, exponerle el mal que le atormentaba, y pedirle que le relevase de las obligaciones militares por unos días, los necesarios para reponerse. Llegó á su casa serían las diez, y cuando á la puerta llamaba con la ilusión de encontrar allí consuelo y alegría, fué sorprendido por este jicarazo con que le recibió la criada: “La señora y la señorita no están.,

Entro, dió varias vueltas por el recibimiento y sala, diciendo: “¿Y á dónde se han ido esas..?,” Terminó con grosería cruel, á la que siguieron los acostumbrados anatemas contra las cosas divinas.

XII

“Han ido de campo con la señorita Valeria, y no volverán hasta mañana por la noche,-dijo la muchacha, acostumbrada ya, por su largo servicio, al bárbaro. estilo del señor en sus ratos de ira. Preguntóle después si quería acostarse, si almorzar quería, y añadió que si le molestaba el dolor de estómago, le haría una taza de la hierba que el señor quisiera. A todo contestó con formidable negativa, y con mandar á la moza que se fuera corriendo á semejante parte.. . Salió el Coronel de estampía, y de la fuerza del coraje sobre los nervios y de éstos sobre otras partes del organismo, se le calmó el dolor. Bajando la escalera, rabioso, y aliviado hasta sentirse bien, pensó que no debía pedir descanso al Ministro de la Guerra. Era poco airoso y de mal gusto estar enfermo en día de combate. Cumpliría los deberes que el honor le imponía, y confiaba en la remisión del ataque por lo de *similia similibus*, ó sea por la virtud de un enérgico berrinche.

Dos horas después entraba en Madrid y se

acuartelaba en San Francisco el Regimiento mandado por Villaescusa. Este se puso al frente. Algunas horas de descanso en el cuarto de banderas le aseguraron, al parecer, el alivio. Pero á las doce de la noche, al montar á caballo para situarse, según orden superior, en el Ministerio de la Guerra, se vió nuevamente acometido con mayor violencia y sufrimientos más agudos. Hizo de tripas corazón, y del riguroso deber fortaleza, en la cual se encastillaba, tratando de engañar el dolor físico con la satisfacción de conciencia. Así estuvo todo el día, firme en su puesto, atormentado, mas no vencido, por las mordeduras del monstruo que llevaba en sus entrañas. Al caer de la tarde, cuando ya la insurrección, ó lo que fuese, parecía dominada, los sufrimientos de Villaescusa eran tales, que apenas podía ya contra ellos la entereza militar. Difícilmente se sostenía en el caballo, y las tremendas imprecaciones, las injurias á lo divino y lo humano, que ayudaban á robustecer la voluntad, perdían ya su eficacia. Con sobrehumano esfuerzo recorrió la extensa línea que el primer batallón ocupaba, Plaza de Bilbao, Red de San Luis, Jacometrezo, Postigo de San Martín, hasta la Plazuela de las Descalzas, y viendo que todo iba bien y que los milicianos entregaban aquí y allí sus armas con menguada resistencia en algunos puntos, mansamente en otros, todo lo miraba como si fuera mal, y á los que debía elogiar los reñía, y su cara parecía el

símbolo de la suprema severidad y de la fiereza.

En la Red de San Luis conferenció Villaescusa con el Coronel Mageniz... Minutos después de la conferencia no recordaba lo que hablaron; persistía en la mente de don Andrés la idea de que las Cortes se habían suspendido con la fórmula de se avisará *á domicilio*... y recordando esto, decía: "No puede ser... yo lo pongo en duda, yo lo niego..., Bajó hacia la Cibeles, casi sin darse cuenta de la dirección que á su caballo señalaba con las riendas. Allí se encontró al Coronel Berruezo, de Artillería, el cual, conociendo en el rostro de su amigo los sufrimientos que le abrumaban, le recomendó el sosiego. Bien podía resignar el mando en el Teniente Coronel Zayas, y retirarse á su casa. "¡A mi casa, sí!, balbució Villaescusa que en el paroxismo de sus dolores, sentía ganas de llorar como un niño.. . Berruezo añadió que á enfermos y sanos convenía tomar algo de alimento, pues no hay cosa peor que entregar nuestro cuerpo al desgaste orgánico sin reparar de algún modo las pérdidas, y terminó con este récipe substancioso: "Hemos preparado ahí, en la sala baja de la Inspección, un tente en pie, comida pobre, de plaza sitiada... poca cosa. Amigo Villaescusa, contamos con usted Pues nada 6 muy poco tenemos que hacer ya, apéese usted, que yo haré lo mismo. Las nuevas órdenes de Serrano las recibiremos aquí, y puede que venga él mismo

á darnoslas, comiendo con nosotros. Con que...

-Comer, comer . . —murmuró Villaescusa rabiando.—¿Y sé yo acaso cómo se come, con este infierno que llevo-aquí, en el buche, y estos rayos que me suben al pecho, y este acíbar en la boca?., El dolor lacerante del estómago era tan pronto mordedura de dientes agudísimos, como chisporroteo de las entrañas taladradas por un hierro candente. Trincando las encías con fuerza, apretando las piernas contra la silla, y conteniendo la respiración, el paciente lograba por un instante adormecer al monstruo. Este recobra. ba su imperio, mordiendo y quemando por el esófago arriba, ó bajándose hasta desgarrar con sus afiladas uñas la vejiga. El corazón aterrado negábase á funcionar; temblaba toda la máquina; recibía el cerebro olas de sangre fugitiva, y anegado se quedaba sin pensamiento y sin memoria. Duraba segundos no más el efecto congestivo, y luego venían otros penosos efectos. El dolor, el monstruo llamaba á sí toda la sangre.. . hormigueaban las manos; la lengua se pegaba al paladar, seca y estropajosa.. . Al delirio llegaba el aborrecimiento del paciente á la Divinidad, así cristiana como gentil, y el desprecio de todo el Género Humano era en él un amargo sentimiento que por su intensidad en placer casi se convertía. A su hija y á su mujer no las exceptuaba Villaescusa de este menosprecio y desestimación. Las veía como dos pobres pulgas que andaban brincando de

cuerpo en cuerpo, en busca de un poco de sangre con que nutrirse.

Se apeó el Coronel, asistido de un ordenanza de la Inspección, el cual le echó mano al cuerpo para que no se desplomase antes de poner el pie en el suelo. No agradeció al parecer el pobre Villaescusa este cuidado, porque en breves y cortados términos, confundidos con el nombre de Dios en mala guisa, reprendió al subalterno por haberle casi cogido en brazos... ¡Le había lastimado un muslo, le había hundido una costilla, dos... mala peste con las Once mil vírgenes!.. Entró tambaleándose... A fuerza de metodizar sus pasos, guardaba un imperfecto equilibrio, atento á las paredes para ampararse de ellas con una ó con otra mano, en caso de necesidad. Traspasó al fin el portal; entró luego en una estancia, á mano derecha, donde vió claridad de bujías (ya era casi de noche), una mesa puesta con más botellas que platos y adorno de flores mustias, y algunos oficiales que hablaban agrupados en un rincón. Saludó Villaescusa agarrándose á la primera silla que encontró á mano, para disimular el peligro en que estaba de caer al suelo. .. Una vez salvado de aquel riesgo, pensó si se sentaría ó no. Decidióse por lo primero, y al desplomarse sobre el asiento, los dolores horrorosamente se avivaron.. . Apretó los dientes; fingió cansancio, calor; se limpió el sudor del rostro.. . Un Oficial se le acercó. Debía de ser un amigo; pero tal estaba Villaescusa, que á nadie quería cono-

cer ya. Como ruido de moscardón sonó en sus oídos la voz del Oficial, refiriéndole el fin de la página histórica de aquel día. La Milicia estaba ya sin armas, salvo algunos elementos levantiscos, los *eternos enemigos de la tranquilidad pública*. que sostendrían durante la noche una lucha estéril en los barrios del Sur... O'Donnell era ya el amo de la Situación. Serrano, el saladísimo General Serrano, y el bizarro Dulce, con las fuerzas del Ejército á sus órdenes, acababan de prestar un gran servicio á la Libertad y al Trono... Habría forzosamente recompensas.. . Terminada felizmente la Revolución de este año, podríamos decir: "Señores, hasta el año que viene. "

De este vano sermón histórico poco ó nada entendió el mártir. Miró al Oficial queriendo decir algo, pero sin poder articular sílaba.. . Las palabras, temerosas de ser pronunciadas con torpeza, se quedaban de labios para adentro. Sorprendióse el Oficial de ver que en los ojos del Coronel brillaban lágrimas, y que hinchadas éstas, y no cabiendo en los párpados, rodaban por las rugosas mejillas de color de tierra.. . Villaescusa no decía nada. Daba rienda suelta á sus ganas de llorar, como un niño afligido y mudo. El Oficial, inclinándose sobre él, le dijo: "Mi Coronel.. . ¿dolor de muelas?.. Respondió el mártir con un movimiento de cabeza. El Oficial le ofreció vino, aguardiente, agua. Cualquiera de estas cosas que bebiese, pensó don Andrés que se convertirían en fuego

al pasar por su boca: lo sabía por dolorosa experiencia. Pero tuvo el antojo de tomar agua con vino: con signos lo manifestó al que tan galanamente le servía. Bebió gran cantidad de vino aguado, y al dejar el vaso en la mesa con golpe furibundo, una vivísima flexión del monstruo que llevaba dentro le hizo ponerse en pie. Algo que estaba doblado en las entrañas se desdobló, con juego de muelles que horrorosamente dolían... Viéndole tan demudado y con cierto desvarío en los ojos, que ya se habían secado de lágrimas, el Oficial le indicó que podía descansar en un sillón de cuero colocado á la otra parte de la mesa. Villaescusa, andando con paso lento y bien marcado hacia la puerta próxima, entrada de un largo pasillo, dijo con no poca dificultad: "Sí... Vuelvo..,"

Internóse el mártir por el pasillo, tocando la pared mas próxima con una de sus manos, y encontró á un ordenanza que al paso le saludó; luego á un Oficial... después a un perrito que le cedió el paso. Sentía un calor tan sofocante en todo su cuerpo, como si llamas corrieran por sus venas. La fiebre intensa le dificultaba la respiración, le turbaba el entendimiento, quería también imposibilitarle el paso; pero el, con extremada erección de la voluntad, se sostuvo. Ya no sólo era mártir, sino héroe. En su turbación mental, no pensaba más que esto: "Todo menos caerme... caer nunca . . . , Encontróse en una estancia sombría y anchurosa, en la

cual no vió más que libros, rimeros de tomos verdes, todos iguales, como colección de *Gacetas* ó cosa tal, y en la pared retratos viejos de generales con peto rojo cruzado de bandas, el rostro afeitado, la cabeza cana. No había luz de lámparas ni de bujías, ni otra claridad que la del moribundo rayo crepuscular que por dos grandes balcones penetraba. Hacia uno de ellos se encaminó el Coronel, que ya veía los objetos desfigurados por su trastornada mente, y sólo pensaba que sus acerbos dolores se adherían 'más á él con feroces dientes para devorarle y consumirle. Vió al través de los cristales árboles raquíuticos; no vió que, al pie de ellos, unos cuantos caballos de jefes y oficiales generales comían tranquilamente su pienso, colgado el saco de sus propias cabezas. Entre ellos andaban ordenanzas y carreteros, que reían y parloteaban frívolamente. Caballos y hombres tomaron á los ojos del desdichado enfermo figura y voz distintas de las reales. Sus extraviados sentidos hicieronle ver á su esposa y á su hija, que de un bosquete salían, más que risueñas, riendo á carcajadas, y hacia él se encaminaban con paso que parecía de danza más que andar decoroso de personas formales. Lo que las quiméricas imágenes de las dos hembras le dijeron ó quisieron decirle, no lo oyó don Andres... lo adivinaba quizás por el mover de labios y el gesto expresivo. Ello es que-arrimó su rostro á los cristales, desgranando sobre ellos sílabas

balbucientes que, interpretadas por derecho, podrían decir: ¡Mujeres de Madrid! aquí estoy. Vosotras reís... yo también, porque me voy, y os dejo el dolor, mi dolor... Aquí os lo dejo... Venid por él... Ya veis que yo también me río... ¡Qué gusto quitarme este perro... dejáoslo!... Pobrecitas, reid, reid... No podía matar á su enemigo, el terrible monstruo que le devoraba; pero sí desprenderse de él, obligándole á que abriera la feroz boca y soltara su presa. El instrumento de abrir bocas de monstruos era la pistola que el Coronel llevaba al cinto, y que cogió con mano firme. Aplicado el cañón á la sien, salió el tiro, y el mártir dejó de serlo.

XIII

En gran desolación y necesidad quedaron Manolita y Teresa con la trágica muerte del Coronel. Por muchos días, su casa fué un jubileo de visitas; las personas doloridas ó que fingían el dolor desfilaban vestidas de negro, dejando en los oídos de la huérfana y la viuda suspiradas frascillas, con rumor semejante al del vuelo de las moscas. La situación económica de la familia era poco halagüeña, porque la viudedad de la Coronela, unos quinientos reales al mes, no resolvía ni el problema primario de alimentarse y vestirse las dos mujeres, ni menos

los secundarios problemas que á casa traía la viuda con sus trapicheos, y los despilfarros consiguientes. En vida de don Andres ya eran grandes los atrasos, y Xanolita empleaba todo su arte y astucia para ocultarlos á su marido. Después de la desgracia, la gravedad de la situación se centuplicaba, por las derivaciones de la desgracia misma en el orden social. La desamparada familia no tenía más remedio que vestirse de cerrado y decoroso luto. El papel en que escribían alguna carta había de tener orla negra, y negras habían de ser asimismo las cartulinas que para visitas y otras mundanas etiquetas eran necesarias. ¡Qué diría la sociedad si no veía en derredor de la familia todo aquel aparato de negrura y tristeza! La huérfana y la viuda, que apenas tenían para comer, y obligadas vivían á una representación pública incompatible con su menudado haber, eran en realidad más infelices y más pobres que las últimas vendedoras de hortalizas en medio de la calle.

Gran desdicha fué que Teresa no se hubiera casado antes del desastre, y casarla después, ya tan baqueteada y manoseada de novios, había de ser obra de romanos. Por de pronto, hija y madre tenían que vestir y calzarse como Dios mandaba, pues no era cosa de andar por la calle mal trajeadas y con los zapatos rotos. Manolita, pasándose de previsora, no bien cobró la primera paga de viudedad quiso proveerse para los meses futuros, y solicitó de Gregorio Fajardo que

le hiciera un empréstito, reteniendo su pensión. No quiso meterse en ello Gregorio (que si estos negocios feos habían sido la base de su engrandecimiento, ya picaba más alto), y endosó el asunto á un machacante de estas cosas, el cual fué á ver á Manolita, y trató con ella en condiciones tan duras, que la desconsolada señora no quiso aceptarlas. A Centurión no recurría ya, porque agotadas estaban la paciencia y el bolso del primo de Villaescusa, que sobre tantas socaliñas anteriores á la muerte de Andrés, había tenido que atender, haciendo de tripas corazón, á las más urgentes necesidades en los días de la tragedia. Y la razón que daba para llamarse Andana era de las que no tenían réplica. "Ya ves, hija-le decía: -estoy como el alma de Garibay, entre el ser y el no ser, esperando á cada instante la cesantía, pues sé que O'Donnell me tiene una tiriya espantosa. Y aunque mi jefe, el señor Pastor Díaz, parece que algo estima mis servicios en la Obra Pía, no me llega la camisa al cuerpo. La cesantía, nueva espada de Damocles, pende sobre mi pobre cabeza... Ahorros no hay. ¿Cómo quieres que te socorra, si el mejor día no tendré para dar á mi pobre Celia una triste taza de caldo? Ten paciencia, hija, y arréglate como puedas.,,

Así lo hizo Manolita, que aun sin consejos tan sabios, buscaba su arreglo como y donde podía, gracias á su diligencia, y á lo bien que brujuleaba fuera de casa en obscuras campañas tras el dinero, teniendo que

pignorar su agradable persona con la mayor ventaja posible, según las condiciones del mercado. Mala época era el estío para ciertos arreglos, porque casi todos los ricos estaban en baños, ó recludos con sus honestas familias en alguna casa de campo. Pero aun luchando con los rigores de la estación, la viuda supo allegar para vestirse bien y vestir á su hija, y comer ambas con menos miseria de la que su-triste soledad les imponía.

Muy solita estuvo Teresa todo el verano, y acometida de tristezas lúgubres, porque Valeria, su íntima amiga, se fué á la Granja. Los novios con buen fin que en aquella sosa temporada le propuso su madre, eran todos de mal pelaje, esmirriados y pobres. . . Pensaba en aquel don Sixto, el de la bonita barba rubia; pero no extrañaba su desaparición, porque ya sabía que anduvo en las calles batiéndose como un tigre contra las tropas del Gobierno. Probablemente, ó le habían llevado á un presidio, ó andaba oculto entre polvo y telarañas. Pero á ninguno de sus conocimientos echaba tan de menos Teresita como á Guillermo de Aransis, que también se había largado á tomar el fresco á San Ildefonso. ¡Vaya un verde que se estaban dando Valeria y él! ¡Qué paseítos por los pinares; qué subiditas á los montes, en amor y compañía, sin testigos, y qué bajaditas á los profundos, solitarios barrancos! Agua se le hacía la boca pensando en esto, y no dejaba de considerar que no era la señora de Navascués mujer de mérito propor-

cionado á tanta dicha... Soñando, más que pensando, decía Teresa: “¿Por qué no tendré yo también un marido en Filipinas, ya que aquí está visto que no puedo tenerlo?..

El regreso de Valeria y del Marqués de Loarre puso fin á estas nostalgias. Volvieron las dos amigas á su cariñosa intimidad, y en ella vivieron algunos días hasta que llegó uno desgraciado en que aquella venturosa concordia tuvo su término. Sucedió que Valeria, ordinariamente muy habladora y con bastante desahogo para tratar todos los asuntos, dió una mañana en hablar de moral privada y pública, de sobremesa del almuerzo, y allí sacó unas teorías y unos escrúpulos que á Teresa le parecieron el colmo de la sutileza. Todo á las casadas se podía perdonar; nada á las solteras.. . Protestó Teresita, dándose por aludida y exigiendo á su amiga que declarase si la tenía por soltera escandalosa. Contestó Valeria que no; pero que no bastaba ser buena; había que parecerlo, y acabó por decir: “Eres honesta; pero tu madre arroja sobre tí una sombra mala, que te hace pasar por lo que no eres, y con esa sombra no podrás encontrar marido que no sea un perdulario sin vergüenza. „ Palideció Teresa; luego se puso muy colorada, y acabó por echarse á llorar. Quiso la otra enmendar su impertinencia con expresiones agrídulces; pero ya era tarde. Teresa, que tenía su alma en su almarío, y no se mordía la lengua, tronó contra Valeria en esta destemplada forma; “Mi madre es una

pobre viuda sin recursos... Ya sé que no es buena... Por desgracia mía, conozco todos los malos pasos de mi madre. Ella, de algún tiempo acá, no se cuida mucho de ocultarlos... La pobre no tiene valor, no tiene virtud para resignarse á la miseria... Yo no puedo acusarla: soy su hija.. . Pero sí puedo decir que peor que ella eres tú.. . Mi padre, atormentado de un cáncer, se mató.. . Si hubiera vivido, ni á mi madre ni á mí se nos habría ocurrido mandarle á Filipinas, para quedarnos libres.. .

— Mira lo que dices,- clamó Valeria descompuesta, cogiendo un plato y amenazando con él la cabeza de la que momentos antes era su amiga.,,

Animosa y creciéndose al castigo, Teresa cogió la cafetera y el azucarero, una cosa en cada mano, y con flemático valor apuntó á la dueña de la casa, diciendo: “Mira lo que haces, Valeria. Deja ese plato, ó no quedará en la mesa un solo chirimbolo que no vaya contra tu cabeza. Me has ofendido y tengo que ofenderte.. . Pues digo que eres peor que mi madre, porque eres rica, y no tienes que luchar con la miseria. En la miseria quisiera yo ver lo que tú hacías.. . Mi madre enviudó por una desgracia, y tú te has enviudado á tí misma embarcando á tu marido para el *país de las monas*.

—Eso no es cuenta tuya-dijo Valeria, batiéndose en retirada, haciendo pucheros . . --Y por lo otro, Teresa; por lo que dije de la moral y de la sombra de tu madre, haz

cuenta que yo no creía nada malo de tí... No fué eso lo que dije.

— Podías haber añadido que más que la sombra de mi madre me ha dañado la tuya, Valeria: te lo digo sin resquemor . . . Ya se me está pasando el berrinche.. .

—Siento que mi sombra haya sido mala para tí-dijo Valeria en pie, atufándose otra vez, pero sin agarrar plato ni taza.—Bien te he querido, Teresa; bien de sacrificios he sabido hacer por tí..

—Y yo te lo agradezco —respondió Teresa, que ya no pensaba más que en coger su mantilla para salir de la casa.—Pero antes que me recuerdes tus favores, tus regalitos, quiero retirarme.. . Yo soy pobre y no he podido corresponderte; pero tanto como pobre soy orgullosa y no me gusta que me humillen.

—Haces bien... busca mejor sombra que la mía... No dudo que la encontrarás.

—¡Vaya si la encontraré!. . Yo te juro que no he de tardar mucho... Entre los favores que te debo, los más de agradecer son tus lecciones.. . las lecciones que me has dado para buscar sombras. „

Frente á frente las dos, separadas por la mesa, que un campo de Agramante parecía, con el azucarero volcado, las cucharillas dispersas, las tazas ennegrecidas interiormente por el POSO del café, el mantel arrugado, se disparaban su ira con flechazo irónico, imitando á las mujeres de rompe y rasga que se injurian graciosas antes de ve-

nir á las manos. Valeria mandó á su criada que trajese la mantilla de la señorita Teresa, y á ésta dijo con retintín: “Vete, vete, sí; no se te escape la sombra que buscas.. .

—No se escapa. Lo que temo es que sea yo más torpe como discípula que tú como maestra., . No tengo costumbre.. .

—La niña inocente no sabe nada... ¡Si será torpe!. . . ¡Con toda la Universidad en casa...!

—Puede que esté allí la Universidad; pero me falta el libro de texto.. .

—El tuyo, los tuyos, Teresa, en la calle los encontrarás.

—O no.. . Cállate, Valeria, si quieres que yo me calle. He sido tu amiga; ya no lo soy.

—Volverás cuando me necesites.

—No digo que no. Puede que vuelva y no te encuentre. ¡Quién sabe á dónde irás, tú á parar!....

Decía esto la de Villaescusa nerviosa y trémula, de la ira y confusión que removían toda su alma. No acertaba á ponerse la mantilla. Creyérase que sus manos no encontraban la cabeza en el sitio de costumbre: la buscaban más arriba.. . Por fin, puesta como Dios quiso la mantilla, y pronunciando un adiós seco, tomó la puerta del comedor y luego la de la escalera, no sin tropezar con algún mueble en su carrera desmandada. A saltos bajó la escalera y se puso en la calle, con paso de fugitiva ó de esclava que rompe sus cadenas. Sorprendidos los porteros de verla partir con andares y viveza tan con-

trarias al encogimiento señoril, salieron á la puerta para ver qué dirección tomaba. Fué hacia la calle de Alcalá, camino de su casa sin duda, pues vivía en la calle de las Huertas. Era la primera vez que salía sola, contraviniendo la española costumbre que prohíbe á las solteras dejarse ver en público sin compañía de alguno de la familia, ó de servidores de confianza. Siempre que iba de la casa de Valeria á la suya, llevaba una criada vieja ó moza, que cualquier edad servía para esta función. Pero ya, por decreto del Destino, se había roto la rancia costumbre, motivada del poco miramiento que en nuestra raza suelen guardar al sexo débil los individuos del que llamamos fuerte.

Atravesada la calle de Alcalá para embocar á la del Turco, respiró fuerte Teresita: era la sensación de libertad, que entraba con ímpetu en su alma. ¡Y qué agrado le causaba el discurrir sola de calle en calle, sin la enojosa guardia de una fregona cerril que comunmente desempeñaba su papel con sequedad policiaca! . . . En la calle del Turco se detuvo ante la casa de Guillermo de Aransis; miró al portal, decorado con leones, y luego á las ventanas, poniendo un interés particular en pasarles revista, y en distinguir las que tenían cerradas las persianas de las que mostraban el cristal bien limpio, vestido por dentro con elegantes visillos. “Ya se ha levantado—decía.—Andará por ahí, conversando con los amigos que ha, convidado á almorzar, ó leyendo los

periódicos, á ver qué mentiras traen., Conocía las costumbres del ocioso caballero por lo que á menudo le oía contar en casa de Valeria. Siguió después de esta observación su camino, y al atravesar la Plazuela de las Cortes para entrar en la calle del Prado, vió venir el coche de Arar-mis, bajando la Carrera de San Jerónimo. De lejos le conoció por el cochero; de cerca por la elegancia y pulcritud del vehículo, por los blasones, por algo que no era común á todos los coches. Aguardó el paso, poniéndose casi en medio del arroyo. En el carruaje iba Guillermo con el Marqués de Beramendi. Ambos la vieron: Guillermo, con viva curiosidad y sorpresa, sacó la cabeza por la portezuela para mirarla bien, como si dudara de lo que veía.

Pasó el coche, y Teresa siguió, ya sin parar hasta su vivienda, ni apartar la vista de las piedras y baldosas. Tuvo la suerte de no encontrar á su madre, con lo que se libró de las necesarias explicaciones del trueno gordo con Valeria. Con la criada Felisa, en quien ponía toda su confianza, se entendió para ocultar á Manuela el inaudito caso de haber venido sola, y acto continuo se encerró en su cuarto y se puso á escribir. Tan metida en sí misma estaba, que no paró mientes en que escribía conservando puesta y liada en su cabeza la mantilla. No se la quitó hasta que una fuerte sensación de calor, tan molesta como su torpeza para expresar con la pluma lo que sentía, atrajo su atención ha-

cia aquel estorbo. ¡Qué tonta, Señor: qué simple! Sin duda no acertaba en la fiel reproducción de sus ideas en el papel, por causa del sofoco de la mantilla. Resultó luego que ni aun despejada su cabeza, y con la cabeza su magín, de la espesa nube negra, lograba dar á los conceptos la debida claridad. Seis cartas escribió, y todas fueron rotas para empezar de nuevo. Pero agotada con la última su paciencia, se declaró incapaz de aquel empeño. . . No conten ta con romper las cartas, llevó los pedacitos á la cocina para quemarlos en el fogón, cuidando de que ni el fragmento más menudo se le escapase en aquel auto.

Nada digno de ser contado ocurrió en la tarde de aquel día ni en la mañana del siguiente, como nó sea que Teresa apuró todos los disimulos para que su madre ignorase el ya irreparable rompimiento con la de Navascués. Temía los enfadosos interrogatorios de Manolita, las disposiciones que tomaría para privarla de libertad, ó imponerle nueva esclavitud contraria á los gustos de la esclava. Aprovechando una de las salidas de su madre, que solían ser de larga duración, tomó al fin Teresita la calle y fué con libertad á su objeto, el cual no era otro que acechar el paso de Aransis para tener con él unas palabritas. Al dedillo conocía los hábitos del caballero, los cuales obedecían á un cierto método dentro del desorden. Sabía que muchas tardes, sobre las seis, á pie salía de la casa de Valeria, y por las calles de

Alcalá y Cedaceros se iba á la querencia del Casino; sabía que pasaba algunos ratos en la sala de armas de la calle de la Greda, tirando al florete; y con estos datos y su paciencia, dió con él una tarde, no consta si la primera ó la segunda de su tenaz espionaje callejero. Tuvo la suerte de cogerle solo, sin la compañía de amigos impertinentes, al salir de la lección de esgrima. Pero se turbó tanto al verle, y tal miedo le entró de aquel paso, viendo su ridiculez é inconveniencia en la realidad, que se habría echado á correr si el caballero no mostrase mayor deseo que ella de las cuatro palabritas, avanzando á su encuentro con rostro alegre. Teresa no sabía por dónde empezar; lo que pensó para exordio se le había escapado de la memoria. Rompió el galán el silencio y cortó la cortedad diciendo: “Ya sé, ya sé...., Y ella se turbó más. Sus primeras palabras, entregando al caballero sus dos manos, fueron de arrepentimiento, de vergüenza: “Déjeme, Guillermo... No he debido venir á buscar á usted.. . Se me ocurrió es te desatino, por no saber á quién volverme... Aunque tengo madre, estoy sola en el mundo...,”

Medias palabras de una y de otro, expresiones vagas, de esas que nada dicen y lo dicen todo, siguieron á las primeras manifestaciones incoherentes y turbadas de la señorita de Villaescusa. Aransis le dijo: “En la calle no podemos hablar con libertad. Ni se oye lo que se dice ni se dice todo lo que se siente... ¿Vámonos á mi casal,

Teresa dudó . . . parecía que dudaba; pero se dejóllevar. ¡Era tan cerca!... Cuatro pasos no más.

XIV

Debe decirse, para mejor conocimiento del proceder y fines de Teresita, que esta, en los últimos días de su intimidad con Valeria, se había hecho cargo con sutil adivinación de que el Marqués de Loarre declinaba rápidamente hacia el cansancio en sus relaciones con la hija de Socobio. No lo advertía la dama; su amiga sí, por virtud de una ciencia no aprendida, á la que daban viveza su admiración del caballero y su ardiente anhelo de serle grata. Y algo más sabía Teresa, que en aquel aprendizaje sacaba, como quien dice, los pies de las alforjas, probando y ejerciendo su nativa aptitud para las artes de amor. Sabía que su persona penetraba en los gustos del Marqués: se lo revelaron ciertos medios de experimentación existentes en el alma de toda mujer, y principalmente en la suya, que era de las más afinadas y conspicuas para estas cosas. Por encima de todas las hipocresías y de las conveniencias que ambos guardaban en la casa de Valeria, Teresa sabía que agradaba al Marqués, y que éste se lo habría manifestado si no se lo vedara su exquisita delicadeza. ¿Qué invisible enlace psicológico, qué

magnetismo pudo establecer entre ellos este preliminar estado de amistad que tuvo repentino acuerdo en medio de una calle? Ni frase furtiva ni mirada indiscreta pudieron delatar la volubilidad del amante ó la traición de la amiga. Miradas y frases hubo de gran sutileza, sólo de los criminales comprendidas por clave misteriosa, y con tales antecedentes no más, se lanzó Teresa á la busca y captura del Marqués de Loarre. Acometió la señorita con fe ciega y ardor esta persecución cinagética, y el éxito fué tan rápido como decisivo.

A los diez días ó poco más de estos sucesos, que maldito lo que tienen de históricos, habitaba Teresa un pisito muy mono, calle de Lope de Vega, amueblado con elegante sencillez. Mañana y tarde invadía la casa una caterva de tapiceros, modistas y prenderas, que iban á completar el decorado, á tomar medidas á la señora para diferentes vestidos, ó á ofrecerle objetos diversos, gangas y proporciones con que especula el corretaje á domicilio. Gozosa estaba Teresa, la verdad sea dicha, por verse libre, ó en esclavitud que no lo parecía, y con ancho camino por delante para correr tras de la risueña Fortuna que desde rosados horizontes le decía: "Ven; aquí estoy.,, Rota la cadena que la sujetaba al desabrido estado señoritil, ya podía campar á sus anchas, y dar el debido valor á su belleza y á las demás prendas que poseer creía: inteligencia, bondad de corazón, finura social. Bastante tiempo había

perdido en la tienda de novios sin encontrar ninguno que le sirviera: el que no era tonto, era malo; el listo pecaba de pobretón, y si algún feo resultaba despejadito, los guapos se caían de bobos. Bien los había examinado ella en el veloz desfile; breve y superficial trato le bastaba para catarlos y calarlos. Si no lo encontró en las condiciones necesarias para fundar un sólido edificio matrimonial con la honradez y ventura consiguientes, no era culpa suya. Su destino le marcaba los caminos irregulares, y por ellos se lanzaba, afirmada su conciencia en la persuasión de que no podría andar por otros. Cada ambición tiene su espacio propio para volar. Que el de la suya era de los más extensos, se lo probaba la grandeza y poder de sus alas.

Del Marqués de Loarre debe decirse que en aquella nueva caída de su voluntad inválida, tuvo más parte la pasión que la vanidad. Infundíale Teresa un amor travieso, juvenil, de continua ilusión, que constantemente se renovaba empalmando lo más espiritual con lo que al parecer no lo es. Ninguna mujer, como aquella, le había llevado al puro éxtasis contemplativo de la humana belleza, y á la poesía del amor, que inspira elevados pensamientos y gallardas acciones. Preciosa era Teresita antes de meterse en aquel enredo; metida en él, y habiendo soltado ya la compostura y encogimiento de señorita del *pan pringado*, como las culebras sueltan su piel gastada quedán-

dose con la nueva reluciente, su persona resplandecía en todos los grados y matices de la belleza, desde los más delicados á los más incitantes. Era un libro de poesía incomparable, tan superior en los pasajes de absoluta, seriedad, como en los amenos y graciosos... libro satánico, encuadernado en piel de serafines.

Sabía muchas cosas de la vida y de la sociedad la despabilada Teresa, añadiendo los descubrimientos que hacía su natural penetración á lo que la experiencia le enseñaba. Pero sabiendo tanto, no se había dado clara cuenta de su situación ante el mundo, y sobre este particular tan interesante la ilustró Guillermo con discretas explicaciones: "Tu libertad está limitada al interior de tu casa, fuera de ella has de andar con mucha cautela y disimulo para que de la libertad no te resulte el escándalo. De poco te valdrá tener trajes lindos y variados, los sombreros más elegantes, y los prendidos y adornos más á la última, porque no podrás lucirlos en ninguna parte donde haya lo que llaman buena sociedad, y la otra sociedad, la de las que viven como tú, es muy reducida y no se muestra en público con alardes de riqueza. Coches no debo ponerte, y bien sabe Dios que lo siento, porque no está bien visto que las mujeres de vida irregular gasten otra clase de vehículos que los simones. Al teatro puedes ir, y como no has de ir sola, tienes que acompañarte de otras tales, y esto llama la atención. Has de presentarte muy modes-

tamente en todo sitio público, dándote tus mañas para que nadie te conozca. Esto es difícil: tu belleza te delata, y la sencillez, la pobreza misma en el vestir no te disfrazarían. Para que pudieras ir libremente a todas partes y echar facha con trajes bonitos y carruajes de lujo, necesitarlas ser casada... ¡ya ves qué grande anomalía! Si hubieras entrado en esta vida con marido, o lo adquirieras después casándote con cualquier calzonazos, que te diera nombre y pabellón ya podrías hacer tu contrabando libremente, y hasta te tratarían muchas señoras que hoy primero se cortan la cabeza que saludarte. Ya ves chiquilla, que diferencias tan absurdas en el proceder del mundo con las que no se ajustan á la moralidad. Eres soltera: *vade retro*. Que tuvieras un maridillo, pararrayos de las burlas y de las iras de la opinión, y ya sería otra cosa. No gozarías la consideración de persona de ley; pero serías tolerada, y tu presencia en los teatros y paseos, desafiando con tu lujo, á nadie chocarla... Con que ya sabes, Teresa: dentro de tu casa eres reina; fuera, esclava, sobre quien tiene puesto el pie la opinión y no te deja respirar. »

Asimilándose al punto estas ideas, Teresa contesto que se conformaba con andar siempre de trapillo fuera de casa, pues si para engalanarse hacia falta marido, mas parecido á un trasto portátil que á un hombre, se quedaba muy á gusto en su soltería mal mirada. Como estaban en la luna de miel, ó poco menos, siempre que hablaban

del porvenir daban por punto indiscutible que no habían de separarse nunca, y que serían los eternos amantes, eternamente embobados el uno con el otro. Lo malo fué que á poco de instalarse Guillermo y Teresa en aquel rincón de los dominios de Afrodita, enteróse de ello Beramendi, y si se dice que al saberlo cogió el cielo con las manos no se expresa bien toda su pena y cólera. Y razón tenía el enojo del caballero y fiel amigo. Sépase que á fines de Agosto revolvió á Roma con Santiago para conseguir la realización del tantas veces aplazado empréstito de Loarre y San Salomó. Gracias á su perseverancia y actividad, apencó al fin con el negocio el señor Sevillano, sin participación de otro alguno. Se firmó la escritura el 10 de Septiembre. Aransis quedó libre de la pesadumbre y esclavitud de onerosas deudas, y recibía el primer plazo de la renta que se le señalaba para vivir en decorosa medianía. ¿No era un dolor que casi en los mismos días de esta felicísima solución, que debía ser fundamento de nueva vida y principio de enmienda, recayese Guillermo en las mismas culpas, en los mismos desórdenes que habían motivado su ruína?

A la dura filípica de Beramendi, contestó con estos artificiosos argumentos: "Tienes razón, Pepe: yo reconozco que no merezco tu amistad... Quiero conservarla, y la fatalidad no me deja. Un poder superior me arrastra: contra él nada puedo. Cada uno lleva en sí desde el nacer el germen de la

enfermedad de que ha de morir... Me he convencido de una cosa: la medicina que intenta curar es tos males, que son la vida misma, es peor y más dolorosa que la enfermedad. Déjame vivir con mi muerte, Pepe.. . Te digo también que este delirio de ahora no es vanidad, sino pasión; la única de mi vida quizás..'. Ver pasar esta pasión, ver pasar estos rábanos y no comprarlos, ya comprendes que no puede ser.. . Tener el ideal cogido en la mano y dejarlo escapar, es locura tan grande, que no la tendrías igual sumando las locuras de todos los locos que están en Leganés... Y aunque me injurias, Pepe; aunque me mates, te diré que me apesta el orden acompasado; que odio la administración, y que ese *desideratum* de la vida práctica, al modo inglés, al modo extranjero, como decís, se me sienta en la boca del estómago... Morir, Pepe, morir en la cruz de... ¿cómo llamaré á esta cruz?. .. en la cruz del ideal único, del que sólo nos visita una vez....

Esto, y algo más en el propio sentido sin sentido, dijo el de Loarre, provocando al de Beramendi á burlonas risas. Despidiéronse, asegurando Fajardo que era para no verse ni hablarse más. "Eres hombre perdido-le dijo,-y cansado de luchar inútilmente por tí te abandono. Cuando te halles en las ultimas, cuando vayas á un hospital, ó cuando mal trajeado y con las botas rotas te pases en la acera del Casino, pidiendo un napoleón á cualquier transeunte desdichado,

volverás á verme; antes no, Guillermo. Quédate con Dios..,

A pesar del severo propósito, como le amaba tan de veras, pasados algunos días volvió Beramendi á la carga con arsenal nuevo de razones y un plan que creía de grande eficacia. En su casa, recién salido del lecho, oyó Aransis con calma el nuevo rapapolvo de su amigo: "Ya sé que has agotado en tres semanas ó poco más el primer trimestre de tu pensión, y que has tenido que acudir otra vez á los usureros para el sostén de la Villaescusa... Olvido lo que te dije aquella tarde en el Casino, y vuelvo á tí considerándote como un niño enfermo. No tendría yo perdón de Dios si te abandonara. Te salvaré, aunque para ello tenga que sacarte de Madrid entre guardias civiles, y encerrarte luego en un castillo, en una torre ó casa de campo, como se encierra á los locos furiosos que se golpean á sí mismos y muerden á sus enfermeros. Prepárate, chico. Ahora verás cómo las gasto. Pedí á Pastor Díaz un puesto diplomático para tí, con el interés que puedes suponer. Atenas, Bruselas, Turín, lo mismo da. Me con testó que hay vacante, pero que nada puede hacer sin una indicación de O'Donnell. Fuí á ver al General, que como sabes, es mi amigo. En la Granja he tenido ocasión de tratarle con frecuencia. Vinyals y Vega Armijo tienen gran empeño en llevarme á la *Unión Liberal*. Don Leopoldo parece estimarme más de lo que yo merezco... Pues como te digo, fuí á verle y le solté á

boca de jarro mi pretensión. ¿Sabes lo que me contestó? “Siendo cosa de usted, Beramendi, es cosa mía, y, por tanto, cosa hecha. Parece que una plenipotencia quedará vacante pronto. Se hará una combinación...., Quedé en volver á Buenavista dentro de pocos días, y allá me voy mañana, pero no solo: irás conmigo, y darás las gracias al General por el honor que te hace.,,

El de Loarre nada dijo: creyérase que levantar repentinamente el vuelo hacia un país lejano, con airosa investidura diplomática, no le parecía mal. Antes que formulara una objeción tímida, más sugerida tal vez del disimulo que del convencimiento, Beramendi se precipitó á completar su plan: “Falta la segunda parte. Verás: mañana mismo escribes una carta á esa linda serpiente que te ha trastornado el seso. Ya comprenderas lo que tienes que decirle... Que no puedes seguir, que dé por terminado este chapuzón, pues á tí te saco yo á flote, y ella que busque otro imbécil con quien ahogarse... A la carta acompañarás una cantidad prudencial, que determinaremos, y si no la tienes, que no la tendrás, no has de pedirla á los usureros: yo te la doy... Con que ya ves que te estimo de veras. Te participo, querido Guillermo, que por si cerdeas tú, ó se sale tu sílfide con algún ardid para retenerte, ya tengo preparado un lindísimo artificio judicial para meterla en la Galera, ó mandarla desterrada lejos, muy lejos... Nada, nada. Hoy me he levantado con la idea y propósito

de convertirme en sátrapa. No queda otro remedio. Contra la tontería y la inmoralidad reunidas; contra un loco y una perdularia, ambos sin conciencia, sin idea del honor, sin ninguna rectitud, no hay más que el palo absolutista.... Aquí me tienes dispuesto á hollar todas las libertades, y á convertir en pajaritas las hojas del libro de la Constitución. Declaro que desde este momento has perdido todos los derechos del ciudadano, y eres mi vasallo, mi siervo. Aquí vengo á tu conquista y captura. Vís-tete, arréglate, y te llevo conmigo á mi casa, de donde no saldrás hasta que demos tu y yo cumplimiento á todo mi programa.,,

Oyó es tas conminaciones Guillermo entre atontado y risueño, como si á veces las tomase á broma, á veces con harta seriedad y recelo. El tono brioso de Fajardo le persuadió al fin de que se las había con una voluntad enérgica, y sintió miedo. La suya, floja y pasiva, no sabía mantenerse en pie contra la razón erguida y brutal de su amigo. . . Más que nada temía la convivencia con su tirano. Siempre al lado suyo, acabaría por obedecerle, por ser un niño.. . Como pidiera más explicaciones de aquel cautiverio que le esperaba, Beramendi le dijo:

“Desde hoy vivirás en mi casa. Que no te suelto, que no te escapas. Verás con mis ojos, andarás con mis piernas y respirarás con mis pulmones. Pensaba yo que fuéramos hoy á ver al Presidente del Consejo, para que quedases cogido y amarrado en el

compromiso de tu nombramiento de Ministro de España en una corte extranjera. Pero ahora caigo en que estamos á 10 de Octubre, cumpleaños de la Reina. Gran gala, besamanos; por la noche baile en Palacio. No hay que pensar hoy en visitar á gente política y militar. Para no perder el día, después de almorzar redactarás en mi despacho la carta explosiva que has de mandarle á tu coima.. . explosiva digo, á ver si revienta cuando la lea.. . Verdad que irá acompañada de los maravadeses, y el topetazo será con algodones.. . Cree, Guillermo, en la virtud de los maravadeses, que vienen á ser colchón blando para la caída de las que se derrumban de desesperación... Ea, vístete y vámonos... ¡Silencio! no se permiten observaciones. No hay derecho á protestar; no, y no. Sólo concedo un derecho, el del pataleo.. . Arréglate, digo, y en casa patalearás á tu gusto.,,

XV

Esto pasaba en la mañana del 10 de Octubre. En la madrugada del 11 ocurrían otras cosas igualmente insignificantes en apariencia, pero que aquí se refieren porque su simplicidad se nos presenta enlazada, horas después, con hechos de evidente complicación y gravedad. Empezaban á salir los invitados á la fiesta de Palacio; arrimaban

los coches á la colosal puerta, por la Plaza de la Armería; entraban en ellos, chafándose en las portezuelas, los hinchados miriñaques, dentro de los cuales iban señoras; entraban plumas, joyas, encajes, bonitas 6 vestustas caras compuestas, y apenas un coche partía, otro cargaba.. . De los primeros, más que de los últimos, fué un carruaje sin blasones, de un tipo medio entre los elegantes y los de oficio, alquilados por año, y en él entró doblándose un largo cuerpo, un dilatado capote que por arriba remataba en tricornio con plumas, por abajo en botas de charol con espuelas. Tras el sujeto larguirucho no entró en el Coche señora, sino dos militares, que por la traza distinguida y cargazón de cordones debían de ser ayudantes. . . El coche partió, y ninguno de los tres señores en él embudidos pronunció palabra en todo el trayecto desde Palacio al Ministerio de la Guerra. El Presidente del Consejo, General O'Donnell, el más largo de los tres en estatura y en todo, que nunca ejerció la comunicatividad baldía, fué en aquella ocasión arca cerrada. Llegaron á Buena-vista; subieron en callada procesión, algo parecida á la del cura y acólitos que llevan el Viático, y en las habitaciones del General, rompió éste el silencio ante su digna esposa, que jamás se acostaba cuando él iba de fiesta palatina, las únicas que le hacían trasnochar, y aquella noche le esperó como de costumbre, para informarse de si volvía contento y en buena salud, con algo más

que nunca omite en estos casos la curiosidad femenina.

Contestando á doña Xlanuela, luego que se acomodó en un sillón y estiró las piernas, el gran O'Donnell dijo: “¿El baile? Precioso. Allí teníamos todo el lujo y toda la elegancia que hay en Madrid.. . No hay más. ¿Señoras? No faltaba ninguna: allí estaban las de la sangre y las del dinero... ¿Calor? Bastante, y poco espacio, por el volumen exagerado de los miriñaques. ¿La Reina? Deslumbradora.. . amable con todos.. . Traje riquísimo de gasa.. . el adorno, guirnaldas de violetas... elegantísimo. .. Soberbio alfiler de brillantes... Bailó conmigo el primer rigodón; luego....,

Volviéndose á los ayudantes, como para pedirles testimonio de un recuerdo, dijo que la novedad del baile habia sido la presentación en Palacio de la Condesa de Reus... “¿Verdad que es muy mona la mujer de Prim? Morenita y simpática.. . En fin, buenas noches., Ansiaba el descanso, la soledad. Algo de íntimo interés tenía que referir á su esposa; pero por lo avanzado de la hora, determinó dejarlo para el día siguiente. Poco después de esto se hallaba don Leopoldo en manos de su ayuda de cámara, que desenfundó su cuerpo del uniforme, sus desmedidas piernas, de las botas sin fin... Algunos minutos más, y ya le teníamos tendido y estirado en su cumplido lecho, en postura supina, más dispuesto á la meditación que al sueño, porque del baile había traído

un resquemor, que hasta el amanecer había de ser cavilación fatigante. Aunque era O'Donnell hombre más reflexivo que apasionado, que sabía mirar con calma los graves acontecimientos y las contrariedades de la vida de la política, la misma pujanza y frialdad de su razón apartaban su mente del descanso para aplicarla al examen de los hechos, y cuando éstos despertaban su enojo, no dejaba de correr por los nervios del gran hombre el hormigueo que determina el insomnio. De la devanadera que en aquella madrugada giró dentro del cerebro del héroe de Lucena, se han podido extraer con no poco trabajo estos fraccionados pensamientos:

“Es por la Desamortización, por la pícará Desamortización.. . Ya lo veía yo venir.. . Pero no creí, no, que tan pronto... Ni pensé que me pusiera en la calle por tal motivo... Narváez llegó hace tres días; fué á Palacio y dijo: “Señora, sepa Vuestra Majestad que yo no desamortizo. Mi política es tener contentos á los curas y al Papa „ Así le dijo, y las consecuencias bien claras las he visto esta noche.. . Ha sido una impertinencia, un rasgo de mala educación. . . No jugar, Señora, no jugar con los hombres ni con los partidos... Con estos juegos y estas humoradas, las coronas se caen de las cabezas.. . y menos mal que estamos en España, un país de borregos; que hay países donde por estas bromitas caen las cabezas de los hombres... Cuidado, ¿eh?...”

Dió una vuelta, cargando sobre el lado iz-

quierdo su formidable osamenta. La devanadera echaba esto de sí: "No hay manera de crear un país á la moderna sobre este cementerio de la Quijotería y de la Inquisición. España dice: "Dejadme como soy, como vengo siendo: quiero ser bárbara, quiero ser pobre; me gusta la ignorancia, me deleitan la tiña y los piojos. . . . Y yo digo: Modo de arreglar á esta nación: saco del partido Moderado y del Progresista los hombres que en ellos hay inteligentes, limpios, bien educados; los cojo, con ellos me arreglo, dejando á los fanáticos y á los tontos, que para nada sirven. . . Con esta flor de los partidos amaso mi pan nuevo. . . *Unión Liberal*. . . Reunimos. y organizamos lo útil, lo mejor, lo más inteligente; y lo demás, que se descomponga y vuelva al montón. . . ¿Cuántas veces, Reina mía, he tratado de meterte en la cabeza esta idea?... Trabajo perdido. La comprendes. . . ¡como que no tienes un pelo de tonta! pero entra por un oído y sale por otro. . . Sale porque hay dentro de tu cerebro ideas viejas, heredadas, petrificadas. . . ¿Y esas ideas qué son? Reinan fácilmente y sin ninguna inquietud sobre un pueblo, mitad desnudo, mitad vestido de paño pardo. . . Esto no puede ser. . . Y tú, Reina, ¿qué piensas trayendo á Narváez con la Constitución del 45, neta, y el palo por única ley, y el *tente tieso* por única política? Tú, Reina mira lo que haces. Tú, Reina, no olvide; que para mantenerse en esas alturas, hay que tener educación política, educación so-

cial, principios, formas... tú me entiendes; tú....,

El hablar de *tú á Su* Majestad era señal de que se dormía. Por un momento, la onda del sueño estuvo á punto de anegarle... De improviso volvió sobre sí: despabilándose y volteando su corpachón hacia el lado derecho, dió nuevo impulso á la devanadera, que decía: "Desamortizemos... País nuevo.. . Salaverría, que sabe sacar estas cuentas mejor que nadie, ha calculado la Mano Muerta en siete mil millones. Yo digo que debe de ser más... ¡Siete mil millones! Ello es nada: caminos carreteros, ferrocarriles, puertos, faros, canales de riego y de navegación. . . Y vale más que todo el gran aumento de la propiedad rústica. . . Serán propietarios de tierra muchos que hoy no lo son, ni pueden serlo. . . aumentará fabulosamente el número de familias acomodadas; los que hoy tienen bastante, tendrán más; los dueños de algo, lo serán de mucho, y los poseedores de la nada, poseerán algo. . . ¿Qué es es ta España más que *un hospicio suelto*? Esas nubes de abogadillos que viven de la nómina, las clases burocráticas y aun las militares, ¿qué son más que turbas de hospicianos? El Estado, ¿qué es más que un inmenso asilo? Dice Salamancá que en toda España hay dos docenas de millonarios, unos quinientos ricos, unos dos mil pudientes ó personas medianamente acomodadas y ocho millones de pelagatos de todas las clases sociales, que ejercen la mendicidad en diferentes formas. En esta cuenta

no entran las mujeres... Pues bien, digo yo: Amigo Salaverría... vendamos la Mano Muerta, hagamos miles de hacendados nuevos, facilitemos el pago de las fincas que se vayan desprendiendo de esa masa territorial muerta... A los pocos años, tendremos agricultura, tendremos industria, y la mitad por lo menos de los hospicianos que forman la Nación, dejarán de serlo... Digan lo que quieran, el español sabe trabajar. No le faltan aptitudes, sino suelo, herramientas, estímulo y mercado que les compre lo que producen... ¡Siete mil millones, que hoy existen en el fondo de un arcón cerrado con llaves que la Iglesia tiene en su mano, y no quiere soltar ni á tiros!... A tiros sí que las soltaría... Pero, señora Reina, ¿hemos de armar otra guerra civil por esas dichosas llaves? ¿No derramamos bastante sangre en la primera, para defender tus derechos y asegurarte en el Tronó?... ¡Y los vencidos en aquella lucha, Reina mía, son ahora los que detrás de una cortina te aconsejan y te dirigen!... ¡Y no pudiendo dar el poder á los vencidos de aquella guerra, lo das á Narváez, que entra en Palacio diciendo: "yo no desamortizo",...! Cuidado, Reina: no se juega con la vida de un pueblo... de una Nación viril, por más que sea la gran Casa de Caridad. El hospiciano sigue diciendo: "quiero ser bárbaro, quiero ser pobre;,, pero lo dice por rutina... Detrás de ese estribillo, suena un querer oculto, suenan otras voces que apenas se entienden... Tú no sabes oír estas vo-

ces: yo las oigo... las oímos muchos... A Palacio no llegan sino cuando nosotros te las decimos y tú no las escuchas... Abre los oídos, Reina; abre los ojos, para que oigas y veas... Estás á tiempo aún... Algún día dirás: ¿qué ruido es ese?... Pues ese ruido, ¿qué ha de ser más que...?,,

Otra vez la trataba de *tú*, otra vez se dormía... Por fin cogió el sueño, y la devanadera cedió lentamente en su veloz volteo hasta quedar inmóvil... De día no funcionaba la devanadera, y los pensamientos del General se producían con ponderación y sensatez, en perfecta consonancia con el pensar común y el ambiente intelectual de su tiempo. Se mantenía en el justo medio, y no se apartaba un ápice de la realidad. El libre y atrevido pensamiento quedábase para los instantes que preceden al sueño, ó para los que inmediatamente le siguen, cuando aún no ha entrado la plena luz en la alcoba, ni se ha oído más acento que el de los gallos que cantan en la vecindad.

Levantóse el General temprano, como de costumbre: despachada su correspondencia con el Secretario particular, vistióse para ir á Palacio. A punto de las doce, hora de las visitas de confianza, recibió la de dos caballeros, el Marqués de Beramendi y el de Loarre. Al salón pasaron, y ofrecían sus respetos á doña Manuela, que charlaba con su amiga la Duquesa de Gamonal, cuando entró O'Donnell con uno de sus ayudantes, dispuesto ya para ir á Palacio. Saludó á los

dos aristócratas; después cogió de un brazo á Beramendi, y llevándole aparte, le dijo ri-sueño: “Nada puedo hacer ya... ¡Estamos caídos!

—¡Caídos, General!.. ¿Por qué?... ¿De veras hay crisis?

—La plantaremos de hoy á mañana... Caídos... Nos echan..

—¿Pero esa señora está desatinada, ó...?

—De lo prometido no hay nada, Marqués. En testamento, no podemos proveer vacantes del personal diplomático... Pero ahora tendrá usted en el poder á su amigo Narváez, que le dará eso y cuanto usted le pida..

—¿Narváez...?

—Ea, que no puedo entretenerme. Dispénseme. Voy á la Casa grande..,

Mien tras duró es te apar te, Loarre y la Gamonal hablaron de la inauguración del teatro de la Zarzuela, erigido en la calle de Jovellanos, hermoso coliseo que resultaba como el hermano menor del teatro Real. Inquieto y caviloso Beramendi por lo que el General acababa de decirle, trató de llevar la conversación al terreno político para esclarecimiento de sus dudas, y á la menor indicación que sobre crisis hizo á doña Manuela, esta señora, á quien sin duda se le atragantaha la noticia, se precipitó á echarla fuera en esta forma: “Pues sí.. lo digo, porque hoy ha de saberlo todo Madrid. La Reina estuvo en el baile de anoche muy inconveniente. Bailó el primer rigodón con O'Donnell: la etiqueta manda que Su Majestad

rompa el baile con el Presidente del Consejo. Terminado el primer rigodón, la Reina le dijo á mi marido: “¿Te parece que baile el segundo con Narváez?.. Mi marido, que es la pura corrección, le respondió: “Señora, Vuestra Majestad me dispense; pero la etiqueta y las conveniencias más elementales mandan que ahora baile Vuestra Majestad con un individuo caracterizado del Cuerpo diplomático... ¿Pues qué crearán ustedes que hizo la Reina? Sonreír, alzar los hombros, y *sacar á bailar á Narváez*... Esto es un desprecio para mi marido... es decirle, no con la boca, sino con los pies: “O'Donnell, tú..”, En fin, que tenemos crisis..,

Condenaron enérgicamente los dos próceres la forma anticonstitucional y pedestre de cambiar de Gobierno, no sin que Beramendi hiciera gala de su erudición encareciendo la seriedad y rectitud de la Corona de Inglaterra en los procederes constitucionales. La Gamonal, dama que había sido de la Reina, y Duquesa de las de nueva emisión, oía estas cosas de alta política como si fueran cuentos traídos de la China. “Pues yo no sé, no sé... —dijo abanicándose con mayor viveza de ritmo— ¡Estaría bueno que la Reina, con ser Reina, no pudiera bailar con quien le diera la gana!

—Hija, no puede ser...-observó Doña Manuela sin cambiar de ritmo en el abanico. —Las Reinas, por serlo, están obligadas á mirar bien lo que hacen, lo que dicen y lo que bailan....,

¡Y vuelve por otra!... Era doña Manuela más lista y aguda de lo que parecía. Su figura insignificante, sus vulgares facciones afeadas por una expresión desabrida, y la tez de un moreno hartó subido, no predisponían comúnmente en su favor. La cualidad suya dominante, que era el amor intenso á su esposo, no tenía carácter social y de extenso relieve. Para ella no había más Dios ni más Rey que O'Donnell, ni tampoco mejor y más venerado profeta. O'Donnell, hombre de una dulzura grande y de sencillez patriarcal en sus afectos, la amaba tiernamente y la ponía en las niñas de sus ojos azules. Decían gentes maliciosas que la temía. Temía todo lo que pudiera desagradarla, que es el temor de los enamorados.

Volvió de Palacio don Leopoldo tranquilo, impenetrable. Ya los Marqueses se habían ido, y sólo permanecía en el salón de Buenavista la Duquesa de Gamonal. La presencia de esta señora, de cuño tan reciente, que aún no se había enfriado el troquel que estampara su título, contuvo al General dentro de la mayor reserva: lo que á ella le dijese se haría tan público como si saliera en los periódicos. Entró luego más gente: dos amigos del General, don Santiago Negrete y el Gobernador de Madrid, Alonso Martínez, almorzaron con él. Por lo que hablaron de política, la crisis era inevitable: ya se había citado á los ministros á Consejo, del cual seguramente saldría la dimisión total. ¿Qué había dicho Isabel II á su primer Ministro

en la en tcevis ta de aquella mañana? Algo referente á la Ley de Desamortización. Sólo la Condesa de Lucena conocía el texto exacto de las palabras de Su Majestad: "Mira, O'Donnell: te dije que no me gustaba la Desamortización, y ahora digo y repito que en conciencia no puedo admitirla; que no la quiero, vamos, que no puede ser . . .",

XVI

Paulo minora canamus, y de otra crisis hablemos, menos resonante que aquélla, porque á menor número de personas afectaba, pero no de inferior interés psicológico. Teresa Villaescusa, sin darse cuenta del valor y significado de las palabras, *quería desamortización*. Si alguna vez oyó hablar de la Ley á su tío don Mariano, en la memoria no le quedó rastro del nombre ni de las ideas que expresaba. Tenía, sí, un sentimiento vago de la detestable petrificación de la riqueza en manos inmóviles, y una visión confusa del remedio de esta cosa mala, el cual no era otro que coger todo aquel caudal, fraccionarlo, repartirlo en mil y mil manos que supieran hacerlo fecundo. No sería propio decir que Teresa pensaba en esto, sino que por su pensamiento á ratos pasaban como sombras de estas ideas, en abstracción completa, sin que con ellas pa-

saran los términos usuales con que los entendidos y los ignorantes las designaban en aquel tiempo. Menos abstracto era en el alma de Teresita el aborrecimiento de la pobreza. Por las escaseces que había sufrido, ó por ingénito gusto de las comodidades y de los goces, la miseria le causaba horror. Egoísta y al propio tiempo magnánima, no quería ser pobre ni que lo fueran los demás: su anhelo era que hubiese muchos ricos, mas ricos de los que había, y mayor número de millonarios... pensando, naturalmente, que de todo es te bienestar algo le había de tocar á ella.

Y sépase ahora que resuelto el buen Fajardo á sacar á Guillermo del nuevo pantano en que había caído, no perdonó medio para este meritorio fin. El destierro del pródigo, disimulado por una posición diplomática, si no se conseguía por O'Donnell, caído, ya, se conseguiría seguramente por Narváez. Pero esto no bastaba, y era forzoso impedir á todo trance que Teresa y Aransis volvieran á unirse. Re teniendo á éste cautivo en la casa de Emparán, obligóle á escribir la carta notificando á su amada el definitivo rompimiento. Mas no seguro de los efectos de la epístola, ni confiado en la resignación de la cortesana, determinó abordar ante ésta descaradamente, el delicado asunto. No 18 conocía; deseaba explorarla y sondear su voluntad. Bien podía suceder que fuese bastante discreta y razonable para prestar su auxilio al salvamento del caballero, Casos

de abnegación semejante había en el mundo. Dejando, pues, á su amigo en casa, una mañana, bien custodiado por María Ignacia y D. Feliciano, se fué derecho al bulto, se encaminó á la gruta de la fascinadora ninfa, solicitó verla, accedió la ninfa sin recelo, y poco tardaron en encontrarse sentados *à vis* en la elegante salita.

Sorprendido quedó Beramendi de la tranquilidad con que la hermosa mujer oyó la exposición preliminar, hecha con habilidad pasmosa de explorador. Procurando no causar á su interlocutora la menor ofensa, la trataba como amigo. Guillermo y él eran, más que amigos, hermanos. Teresa se hacía cargo de todo; mostrábase atenta, mirando el caso como medianamente grave en el aspecto moral, gravísimo en el económico. En sus réplicas, mostraba dignidad, aplomo y un interés casi fraternal por Guillermo de Aransis. Cuando Beramendi, alentado por el buen giro que á su parecer tomaba el asunto, hizo á Teresa referencia clara de la situación de su amigo, de sus locuras dispendiosas, de la pérdida de su caudal, del embrollo de sus intereses; cuando le contó que él (el propio Beramendi) había revuelto el mundo por salvar una parte al menos del patrimonio de Loarre y San Salomó; cuando le expuso el contrato con Sevillano y el estado presente de Aransis, que era el de un caballero cautivo de su administrador, y sujeto á una pensión, suficiente para vivir con modestia, cortísima para el vivir

grande, con trenes de lujo y la diversión de caballos y mujeres; cuando, por fin, le hizo ver que si Guillermo seguía embarcado con ella, su naufragio era seguro, y no habría de pasar mucho tiempo sin que se viese miserable, degradado, sin dinero y sin dignidad, Teresa palideció, y con arranque dió esta briosa respuesta:

“No siga usted, Marqués... No necesito saber más. Mucho quiero á Guillermo.. . y por quererle tanto me aterra la idea de que sea pobre. Aunque me esté mal el decirlo la pobreza me dá horror. No la quiero para él ni para mí. Usted me ha convencido de que le favorezco separándome de él. Bien está que vaya de Embajador ó cosa así; bien está que no me vea más. Soy la primera en reconocer que no debemos seguir... que él debe irse por un lado, yo por otro.. . Ya la carta suya, que recibí anoche acompañada de una cantidad muy lucida, me dió que pensar. He dormido mal pensando que Guillermo me dejaba por no poder sostenerme.. . Marqués, no se asombre usted; no se enfade conmigo, no vea en mí una mujer mala si le digo que me repugna el *contigo pan y cebolla*. Esto es pura imbecilidad y cosas ridículas que han inventado los poetas para engañar el hambre... No, no: yo quiero á Guillermo, le querré siempre... pero que por mí no se degrade ni se arruíne.. . Queda usted complacido, Marqués. Su amigo y yo hemos roto para siempre... Cúidese usted de que no venga á buscarme! y yo cuidaré

de que no me encuentre si acaso viniera. . .”

Dijo esto último con empañada voz y el consiguiente tributo de ternura y lágrimas. Eran sinceras, pues si su aborrecimiento de la pobreza podía considerarse como primer móvil de tal resolución, detrás de debajo de este sentimiento había también cariño, gratitud y una dulce adhesión al hombre, al caballero... A él debía su libertad, la iniciación en alegrías y goces que le fueron desconocidos; debíale las primicias del bienestar humano, hasta entonces no disfrutado por ella. Por Guillermo se le abrían horizontes tras de los cuales creía vislumbrar espacios de felicidad. Había sido su revelador y el primero que dió realidad á su grande ambición... Bien le quería, sí. Bien merecía el homenaje de sus lágrimas... Dejándolas correr, dijo á Beramendi: “No hay que hablar más, Marqués. En seguidita me marchó, me escondo. . . No, no voy á casa de mi madre, donde Guillermo daría conmigo se en ello se empeñara. Es testarudo; me quiere... Puede usted estar tranquilo. Yo le aseguro que me esconderé bien, y que no volveré á esta casa hasta saber que Guillermo se ha ido á esa Embajada *de extranjis*... Leeré algún periódico para enterarme. Adiós, adiós.. . ¡Pobre Guillermo! Pobre, no; no le quiero pobre.. . que sea feliz, que sea caballero noble, que conserve la dignidad; y usted, tan buen amigo suyo, consuélele.. . haga porque me olvide. Yo no le olvido, no. Crea usted que Guillermo se pondrá muy

triste... ¡Y qué bueno sería que al volver de la Embajada se encontrara su capital sacado de todos esos embrollos, limpio y... En fin, adiós... Dígale usted que me he muerto; no, que me han robado... robado mi persona, que... dígale usted lo que quiera, y ya sabe que tiene en mí una servidora. Adiós, adiós... „

Salió Beramendi encantado de la sinceridad de Teresa, y de la honradez relativa con que proclamaba su afición á las riquezas y su culto del bienestar. Tenía el mérito de decir lo que otros hacen diciendo lo contrario, con hinchadas protestas de falsa delicadeza. Pensó el caballero que su amigo estaba salvado, no contribuyendo poco á tan lisonjero fin el buen sentido de la coima, cualidad rara en esta clase de mujeres. Ya no había más que esperar el cambio de Gobierno para caer sobre Narváez y no dejarle vivir hasta que diera los pasaportes al Marqués de Loarre para una Corte extranjera, cuanto más distante mejor. Y el cambio de Gobierno fué un hecho al siguiente día, tal y como *Don Leopoldo el Largo* lo había previsto. Doña Isabel, imitando á su señor padre, dispuso que las cosas volvieran al estado que tenían antes de lo de Vicálvaro declarando nulo todo lo ocurrido en los dos llamados años de dominación progresista. Resultaba que las *lamentables equivocaciones* de Su Majestad volvían á cometerse, á constituir la efectiva normalidad política. Los hechos decían que el Gobierno de libe-

rales y progresistas era el verdadero equivocarse lamentablemente, según el Real criterio, y que Isabel II hablaba con su pueblo en lenguaje socarrón, abusando de la contra gramática y del maleante aforismo chispero: *al revés te lo digo, para que lo entiendas*.

Fué la subida de Narváez como un trágala de toda la gente arrimada á la cola, que se preciaba de ser la dueña de nuestros destinos. ¡No era mal puntapié el que la España vieja, momificada en sus rutinas absolutistas é inquisitoriales, daba en semejante parte á la España nueva, tan emperejilada y compuesta entonces con su Justo medio, su Unión de hombres listos y pulcros, y su poquito de Desamortización, para mejorar siquiera el rancho que veníamos repartiendo en el *hospicio suelto*! Y Narváez entraba como en su casa, tosiendo fuerte y trayéndose cogiditos de la mano, como muestra de liberalismo, á Nocedal, á Pidal y á otros *ejusdemfurfuris*. ¡Qué país tan dichoso! ¿Quién duda que hemos nacido de pie los españoles? Apenas enfermamos del dengue revolucionario, sale una Providencia benignísima que Dios destina paternalmente á nuestro remedio, y en dos palotadas corta el mal, y por lo sano, dejándonos como nuevos, en el pleno goce de nuestra barbarie... Y apenas entraron los *providenciales* al mangoneo político y administrativo, empezó el desmoche oficinesco, y la matanza de empleados de la situación caída, para resucitar á los de la imperante, que venían

muerdos desde el 54. Todo *el elemento progresista*, que arrimado estuvo á los pesebres desde aquella fecha de las *lamentables equivocaciones*, fué arrojado á la calle con menosprecio, y entraron á comer los pobrecitos que no lo habían catado en todo el bienio. Los unionistas amarrados al presupuesto por O'Donnell, también cayeron con los ilotas del Progreso, y á llenar el inmenso hueco entró la caterva moderada, con alegre alarido de triunfo, como si ejerciera un derecho sagrado. Eran los pobres á quienes se había hecho creer que la bazofia nacional les pertenecía, y que no debía comer de ella ninguna otra casta de hospicianos.

Otra vez el alza y baja de ropa; otra vez el vertiginoso *triquitrín* de las tijeras de los sastres; otra vez *La Gaceta* cantando los nuevos nombramientos con grito semejante al de las mujeres que pregonaban los números de la Lotería; otra vez la procesión triunfal de los que subían por las empolvadas escaleras de los Ministerios, y el lúgubre desfile silencioso de los que bajaban. En el coro lastimero y fúnebre de los cesantes, descollaba una voz campanuda que dijo: "¡Cojondrios, ya está aquí la muerte!,, Era Centurión recibiendo el oficio en que, con formas de sarcástica urbanidad, se le decía que *cesaba*.. . Y el cesar en sus funciones de la Obra Pía, era como suspender las funciones orgánicas de asimilación y nutrición.. . ¡Comer, comer! De eso se trataba, y toda nuestra política no era más que

'La conjugación de ese substancial verbo. El nacional Hospicio no podía mantener á tan grande número de asilados, sino por tandas. . . Veíase el buen hombre condenado á una nueva etapa de miseria. ¿Por qué, Señor? Porque á nuestra Soberana se le había metido en la cabeza que no debía desamortizar, y el *espadón de Loja* recogió al vuelo la idea, y con la idea las riendas y el látigo, subiéndose de un brinco al pescante del desvenecado carricoche del Gobierno.

Pues siguiendo paso á paso la Historia integral, dígame ahora que al tiempo que Isabel de Borbón decía con desgarrada voz de maja: yo no *desamortizo*, la otra maja, Teresa Villaescusa, gritaba: "juro por las Tres Gracias que á mí nadie me gana en el desamortizar.,, No usaba esta palabra, ni daba concreta forma á sus atrevidos pensamientos; pero en la rigurosa interpretación de la idea no fallaba la despejada hembra. Aún persistía en su corazón el duelo de Aransís, cuando puso fundamento al nuevo trato de amor con que debía sustituir al trato roto. Base de su criterio en estos graves asuntos era el principio de que la peor cosa del mundo es la pobreza; de que el vivir no es más que una lucha sistemática contra el hambre, la desnudez, la suciedad y las molestias, y partiendo de esto, eligió entre los tres ó cuatro individuos que la solicitaron aquél que ofrecía más templadas armas para luchar contra el mal humano. Ya en los últimos días del breve reinado de Aran-

sis, llegó una emisaria con varias proposiciones que no quiso aceptar. Teresa era leal: no cometería una traición por nada de estemundo. Pero sacada, como si dijéramos, á concurso por la abdicación de Guillermo, no quiso precipitarse, sino antes bien hacer el debido examen y selección de candidatos. No tenía prisa; el dinerillo del testamento de Guillermo le permitía tomarse todo el tiempo que fuera menester para elegir con calma. Cuidó en aquel tiempo de dar mayor realce á su belleza, cada día más interesante; coqueteaba graciosamente con los remilgos mejor copiados del modelo de la honradez; acentuaba su gracia, su donosura, hacia la gran señora; se daba un tono fenomenal... La resolución ó sentencia vino por fin informada en esta idea: los grandes fardos de riqueza deben ser manoseados y sacudidos con alguna violencia, para que de ellos se desprenda el exceso, que es carga perniciosa; y si no se dejan sacudir, debe quitárseles lo más que se pueda para remedio de los que van-sin ninguna carga por estos mundos de Dios. Aligerar á los demasiado ricos es obra meritoria... *et cætera...* no lo decía así; pero lo hacía.

XVII

Eligió con exquisita cautela y previsión Teresilla la persona que mas le convenía para sus fines estratégicos, consistentes en levantar formidables baluartes contra la pobreza, y para llegar á la final decisión empleó diversas artes, sometiendo al preferido á pruebas de lealtad, de sinceridad, de esplendidez y de otras virtudes que la pícara mujer es timaba condiciones *sine quibus non*. Era el nuevo contratista de amor un francés de mediana edad, ni joven ni viejo, más gordo que flaco, alto, rubio, sonrosado, de correctísima educación y finos modales, que había venido á Madrid al establecimiento del *Crédito Franco-Español*, núcleo de capitalistas extranjeros que debía emprender en España negocios colosales, como *Los Caminos de Hierro del Norte*, el monopolio del Gas de las principales poblaciones, la explotación de Riotinto... Dándose mucho tono, reservándose, como quien aspira por sus propios méritos á una elevada cotización, celebró Teresa más de una conferencia con Isaac Brizard, y mientras exploraba el terreno, su perspicacia descubrió que el tal traía dinero fresco y abundante, hartó más lucido que las escatimadas riquezas territoriales de nuestros nobles, los cuales viven co-

munmente empeñados, y son esclavos de sus administradores, ó del precio que en cada año alcanzan la cebada y el trigo. La importación de capitales extranjeros limpios de polvo y paja estimábala Teresa como una de las mayores ventajas para la Nación. Que aquí se quedara, derramado en cualquier forma, todo el dinero que viene para negocios, era una bendición de Dios.

Cuando Teresa se hallaba en los días de resistencia, de coquetería, de pruebas, redoblaba Isaac sus galanteos, que á menudo llevaban séquito de regalitos costosos y del mejor gusto. Como dijera un día la moza que su niñez había sido muy desolada y triste, que jamás tuvo una muñeca bonita, el francés le mandó por la noche dos elegantísimas, de la tienda de Scropp, una y otra vestidas con tanto primor como cualquier señorita de la más alta nobleza. La una decía papá y mamá; la otra movía los ojitos, y ambas tenían articulaciones, con las que se les daban graciosas pos turas. Agradeció Teresa este obsequio como el más delicado que podía ofrecérsele, y todo el santo día se lo pasó jugando con sus nuevas amiguitas y diciéndoles mil ternuras á estilo maternal, entre caricias y besos. Deseaba Isaac obsequiar á Teresita con un espléndido y delicioso banquete, sin más compañía que la de uno ó dos buenos amigos, de lo más selecto de la sociedad. Dos comederos elegantes había entonces en Madrid: Farruggia y Lhardy. Pero en ninguno de los dos veía **Brizard**

la disposición de aposentos que la reserva exige. Gabinetes con efectiva independencia no había en ninguna de las dos casas. Como no era cosa de llevar á la sin par Teresa al Colmado de **Rueda**, en la calle de Sevilla, ó á la **Tienda de loa Pájaros**, discurrió el bueno de Isaac un arbitrio que resolvía dos problemas: el del convite y el de la instalación de Teresa, con cuyo rendimiento contaba ya como hecho indudable. Con tanto barro á mano, fácil le fué al extranjero alquilar un bonito piso en casa nueva, calle de Santa Catalina, y amueblarlo, si no totalmente, en la parte de sala y comedor. Lo demás de la casa se completaría pronto: ya estaba todo encargado á Prévost, el mueblista más caro y elegante de aquellos tiempos. Dispuestas así las cosas, Isaac encargó á Farruggia la comida para cuatro personas. Había, pues, dos invitados.

Si los periódicos pudieran dar cuenta de estas cosas, habrían dicho, en Octubre de aquel año (no consta el día): "*Verificóse* el anunciado banquete... tal y tal. ...". Pero lo que no dice el periódico lo dice el libro. Bella sobre toda ponderación, y elegante como las propias hadas, si éstas se ajustaran á la moda, estaba Teresa, que con seguro instinto sabía combinar en su atavío el lujo y la modestia, y con infalible puntería daba siempre en el blanco de agrandar á los hombres de gusto. Admirable era su tez, de blancura un tanto marfilesca, sin ningún afeite ni polvos, ni nada más que lo que al pincel

de Naturaleza debía; hechicera su boca fresca, estuche de los mejores dientes del mundo; arrebatadores sus ojos negros, con un juego de miradas que recorrían todos los registros, desde el más burlesco al más ensañador; deliciosas las dos matas de pelo castaño que se partían sobre la frente, extendiéndose en bandas, no con tiesura pegajosa, sino con cierta ondulación suave, un trémolo del cabello que iba á parar tras de la oreja, bordeándola graciosamente. El cuello era un presentimiento de la garganta y seno, que no se dejaban ver, pues la pícara tuvo la sutil marrullería de no presentarse. escotada. La tela vaporosa contaba en lenguaje estatuario todo lo que dentro había. El traje, de color malva claro, apenas lucía sus cambiantes entre una niebla de finos encajes; la cintura delgadísima enlazaba el abultado pecho con la ampulosa magnificencia del bulto inferior, todo hinchazón de telas alambradas. En la jaula del miriñaque desaparecían de la vista las caderas y toda la demás escultura infracorpórea de la mujer. La moda exhibía la mitad de una señora colocada sobre la mitad de un globo.

Presentados por Isaac los dos amigos, Teresita les acogió con graciosa sonrisa; ocupó su sitio, diciendo á los tres que se sentaran, que no anduvieran con ceremonia, que hablasen con libertad, pues tanto le gustaba á ella la libertad como le cargaban los cumplidos, y los criados de Farruggia, limpios y estirados, empezaron á servir. El más joven

de los convidados, Ernestito de Remen tería, esposo de Virginia Socobio, poco había cambiado en figura y acento desde la época de su matrimonio, como no fuera que eran algo más orondos sus mofletes, y más chillona y delgada su voz. Desde la desaparición de su mujer, que se escapo con un pintor de puertas, llevaba Ernestito una vida serena, cachazuda y metódica, distribuyendo su tiempo entre los trabajos de *La Previsión*, junto al papá, el honesto recreo de regir un cochecillo en la Castellana, y la monomanía de coleccionar objetos diversos, que un día fueron bastones, luego petacas y fosforeras, y por último, se había dado á las celebridades europeas en fotografía y grabado. Conservaba el joven *Anacarsis* el tipo de sacerdote francés con melenita, la escasez de pelo de barba, la finura empalagosa de su trato, y la absoluta insubstancialidad de cuanto decía. El otro convidado era en realidad un grande hombre, figura de primera magnitud en la historia social del siglo XIX, y tan notable por su facha, que era la de un perfecto aristócrata, como por su trato, el más afable y seductor que imaginarse puede. Viéndole una vez, ¿quién olvidaba la corpulenta y gallarda estatura de aquel señor, su cuerpo bien distribuído de carnes y más grueso que flaco, su faz risueña que declaraba el contento y serenidad de una vida consagrada á los goces, sin ningún afán ni amargura? Don José de la Riva y Guisando era un hombre que parecía simbolizar la posesión de cuantos bie-

nes existen en la tierra, y el convencimiento de que nos ha tocado, para pacer en él y recrearnos, el mejor de los mundos posibles.

Hay tanto que decir de Riva Guisando (para los íntimos Pepe Guisando), que no conviene decirlo todo de una vez, sino soltar el personaje en esta historia, para que él mismo hablando se manifieste, y sea fiel pintor de su persona y el intérprete más autorizado de sus ideas... Cuatro palabras ahora para describir el físico y algo del ser moral de Isaac Brizard: Casi tan alto como Riva Guisando, no podía compararse por la nobleza y arrogancia de la figura. Podía Guisando servir de modelo á todos los duques y aun á los más estirados príncipes de Europa. Isaac, igualando á su amigo en la intachable limpieza, no podía ser modelo de próceres, sino de apreciables sujetos, hijos de negociantes y educados en los mejores colegios de Francia. Guisando fué un elegante genial, que todo lo había aprendido en sí mismo, y nació con la prescencia de cuantas ideas y formas constituyen elegancia en el mundo. Brizard era un producto de la educación, un hombre distinguido y pulquísimo, de un excelente fondo moral, con tendencias al vivir cómodo y sin bambolla, ni envidioso ni envidiado... Y por fin, para que se vea todo en su propio color y sentido, el tipo de Isaac Brizard revelaba la hibridación franco-germánica ó franco-flamenca, un admirable tipo engendrado por trabajadores, sano, leal, ordenado hasta

en los desórdenes á que le empujaba su riqueza, de ojos azules que delataban al hombre confiado y bondadoso, la boca risueña, sobre ella un bigote menudo, del más fino oro de Arabia. Hablaba un español incorrecto, mal aprendido en la conversación y sin principios, con modulaciones guturales que le resultaban más feas por su afán de corregirlas ó disimularlas. Al reproducir aquí su lenguaje, se tiene con este simpático extranjero la caridad de enmendarle las desafinaciones del acento.

“Eh, señores, ¿cómo se llama esta sopa? -dijo Teresa riendo con deliciosa sinceridad.-Ya irán ustedes notando que soy muy bruta... Me parece que me pondría más en ridículo dándomelas de fina, y queriendo ocultar mi ignorancia... Pues esta sopa, yo no sé lo que es ni la he comido en mi vida. Casi nada sé de comidas francesas; no entiendo los motes raros que ponen á cada plato... ¿Verdad que soy muy bruta?

-Usted es hechicera, y esta sopa es, 6 quiere ser, *potage á la Montesquieu*-dijo Guisando, erudito y galante.-Cualquier otro nombre le cuadraría mejor.,

Acordándose de su colección de celebridades, Ernesto quiso amenizar la reunión con este comentario: “¿Montesquieu...? Tengo dos retratos del gran francés: uno de ellos en talla dulce, de la época...”

-Está buena la sopa-observó Teresa.- ¿Pero á qué sabe? ¿de qué legumbres está hecha?.,

La opinión de Isaac no pudo ser más sensata: "En culinaria, el cocinero debe saber mucho, y el que come ignorarlo todo. Así come uno más tranquilo.

-Perdóneme, mi querido Hrizard- dijo Riva Guisando,- que no le acompañe en esos distingos. Saboreamos mejor los productos de la culinaria, cuando sabemos á qué saben, y con qué ingredientes han sido compuestos...

-¿Pero es esto un puré de pepinos, de patatas, ó qué demonios es?- preguntó Teresa, sin que las dudas mermaran su apetito.

-No es más que una mixtificación, á la que ponen el primer nombre que se les ocurre- afirmó Guisando.-Cuando Isaac me hizo el honor de invitarme á esta comida, que, entre paréntesis, sería deliciosa aunque la prepararan los cocineros más malos del mundo, volví á mi cantinela de siempre con el amigo Farruggia: "Las sopas caldu-das y crasas pasaron á la historia... Ya que usted se propone enseñar á los españoles á comer, trate de propagar, de popularizar los **consommés** finos, tan substanciosos como transparentes... Le propuse para esta interesante comida el *Consommé á la creme de faisán*, que es delicioso, verdaderamente delicioso, Teresa.. .y sencillísimo.. . verá usted.

-¡Ay, enseñeme!. . . Me gusta cocinar algo... Poco sé... Quisiera poseer el secreto de algún platito delicado..

-Sencillísimo, como digo. Todo el arte

está en preparar los huevos, que se sirven aparte... Se cuecen huevos bien frescos, de polla precisamente, de gallina joven.. .

-¡Ay!... ¡Lástima no tener gallinero en casa! Adelante.

-Luego se les vacía... se saca la yema por medio de un tubito...

-Tanto instrumento ya es por demás.

-Con las yemas y el picadillo de **pechugas** de faisán, se hace la *farce á la creme*.

-¿Y esa farsa, qué es?

-El relleno. . . Se rellenan los huevos... se ponen al baño María.. .

-¡María Santísima!

-En vez de faisán, puede usarse perdiz, bien fresca . . .

-Yo sí que estaría fresca si me metiera en esos trajines tan enredosos.

-Amiga mía, no necesita usted cocinar. Bien se ve que lo haría con mucha gracia si á ello se pusiera.. . Ya tendrá usted un buen jefe que la libre de esos quebraderos de cabeza, y del deterioro de sus manos lindísimas.. ."

Viendo que le servían Jerez después de la sopa, protestó. Teresa con sincero desenfado: "¡Eh, caballeros! que el Jerez se me sube al quinto piso.. . Repito que soy muy bruta.. . no tengo costumbre de beber tanto, ni de variar de bebidas.. .¿Quieren verme peneque?., Aseguró Isaac que todo era cuestión de costumbre, y que debía poco á poco educarse en el comer fuerte, acompañado de bebida confortante.

“¡Ay, ay! eso no va conmigo...-dijo Teresa, probando el Jerez.-Porque ustedes no me crean demasiado palurda, bebo un poquito; pero no se asombren si me ven perdida de la cabeza, y diciendo algún disparate..

Ernestito, dando ejemplo de buen tono, equivalente á la poca sobriedad, se atizó dos copas, comentándolas en esta forma: “La sopa y el Jerez no tienen en las comidas otro objeto que preparar el estómago, darle fortaleza..

-*Para qué?

—Para comer, para seguir comiendo..— Ahora empezamos, señora mía. Yo, ya lo ira usted notando, como bien. Desde que entré en el Colegio Flaminio, en Saint-Denis, aprendí á comer bien, dando al cuerpo todo lo que pedía. Es un gran sistema para tener siempre la cabeza..

—¿Cómo?

—Despejada... y las ideas claritas. Es lo que yo recomiendo principalmente á todos mis amigos: que coman fuerte...

—Y con la recomendación les mandará usted la comida, porque si no...

—Eso es cuenta de ellos, y de que quieren tener salud ó no tenerla. Repare usted, Teresita, que todos los grandes hombres han sido de buen diente. Federico el Grande, de cuyos retratos poseo la colección más lucida que hay en España, profesaba la doctrina de Rabelais: cinco comidas y tres siestas.. Talleyrand consagraba toda su atención á

la buena mesa. Mi padre, que es hombre muy entendido en todos los adelantos extranjeros, no cesa de predicar á los españoles que se den buena vida, la mejor vida posible, y sostiene que uno de los mayores atrasos de este país consiste en que aquí no saben comer.

— Es verdad-dijo Guisando:—reconozcamos una de las deficiencias que nos ponen á la cola de las demás naciones. Los españoles no saben comer. ”

XVIII

Sirvieron pastelitos de *foie-gras*... después un plato de pescado que Guisando tradujo al francés: *Turbot bouilli, garni, sauce Colbert*, y entre tanto, los cuatro comensales apuraron el tema de si saben ó no comer los españoles. Ingenioso y ameno, Riva Guisando se despachó á su gusto en esta forma: “No podemos dudar que, de algunos años acá, nuestro país viene entrando en la civilización, y asimilándose todos los adelantos. Eso lo vemos en diferentes órdenes. Nuestras casas adquieren el *confort* de las casas extranjeras. Verdad que falta el agua, pero ya vendrá; la tenemos en camino. Nuestros teatros no desmerecen de los de otros países; y en ópera creo yo que estamos á la altura de las capitales más aristocráticas. Nuestras muje-

res, bien á la vista está, visten con tanto gusto y elegancia como las parisienses, y nuestros hombres no tienen nada que envidiar á los caballeros ingleses mejor vestidos... Sólo en el comer estamos atrasados... Fuera de unas pocas casas, hasta las familias más ricas no saben salir del cocido indigesto, y de los estofados, pepitorias y fritangas... Y en la manera de comer guardan la tradición: se atracan y no comen realmente; no saben lo que es la variedad, la composición artística de las viandas para producir sabores especiales y excitantes; no han llegado á penetrar la filosofía del condimento, que es una filosofía como otra cualquiera... En el beber, tragan líquidos, sin apreciar el rico *bouquet* de cada uno, sin distinguir los innumerables acentos que forman el lenguaje de los vinos. Cada uno dice algo distinto de lo que dicen los demás...

— ¡Alto ahí! -exclamó Teresa cortándole el discurso con delicioso tonillo y ademán de burlas; — perdone usted, señor Guisando, que le interrumpa. Si los vinos son cada uno una palabra, un acento, y todos juntos como lenguajes; si los de España hablan español, francés los de Francia, y así los demás, ustedes quieren introducirme á mí en el cuerpo la torre de Babel... Vamos, que á poco más, salgo hablando todos los idiomas.

—No, no, Teresa-dijo prontamente Bizard;—no se bebe para embriagarse, ni se embriagan los que saben beber... La bebida fina y variada es un signo de civiliza-

ción. En eso estoy con el amigo Rementería y con Guisando... ¡Oh! en Guisando hay que reconocer un gran civilizador.

—Civilizador usted-replicó el elegante caballero,—que nos trae la más grande forma del Progreso, los ferrocarriles.

—Es verdad; de eso trato, y mi mayor gloria será vestir á España de país civilizado... Usted y yo civilizamos; pero permítame que marque entre los dos una diferencia... una diferencia en que yo salgo favorecido. Usted empieza la campaña civilizadora por el fin, mi querido Guisando, porque quiere enseñar á los españoles cómo se come; yo la empiezo por el principio, enseñándoles á buscar lo que han de comer.

—¡Eso... eeeeso! -gritó Teresa risueña, con desbordada alegría, las mejillas echando fuego, el gesto más expresivo y acentuado de lo que pedía la compostura. — El señor Guisando se trae aquí la filosofía de la buena mesa, y quiere enseñársela á un pueblo que no tiene sobre qué caerse muerto. ¿Cómo quiere usted que sepa comer el que no come? Y esas salsas Colbert, esas *besamelas*, esas *farsas* ó rellenos, esos *rosbifes*, y *chatobrianes*, y gigotes, y esas trufas y esos jugos, ¿de dónde han de salir? ¿Reparte usted diariamente un par de monedas de cinco duros por barba á todos los españoles?... ¡Ay, ay! Yo les suplico, señores míos, que me den licencia para callarme... Siento que el disparate se me viene á la boca, y á poco que me descuide, oyen ustedes una barbaridad. Es mu-

cho comer éste, es mucho beber, para que una tenga la cabeza despejada. Perdónenme; estoy un poquito á medios pelos... Me callo... Ustedes me agradecerán que cierre el pico.. „

Dejó el tenedor, y requiriendo el abanico, empezó á darse aire con viveza. Los caballeros le reían la gracia; celebraban que se trastornase un poquitín, y asegurando que el encendido color y el chispeante mirar la embellecían extraordinariamente, incitábanla á beber del rico *Borgoña* que á la sazón servían. Pero ella no hacía caso, y jovial agitaba el abanico con verdadero frenesí, diciendo: “Yo, punto en boca: no vayamos á salir con alguna patochada. Me conozco. Hablen ustedes y yo escupo, digo, yo callo y otorgo.. „

Tan modesto como ingenioso, Guisando se mostró conforme con las ideas de Isaac reconociendo en el magisterio civilizado; de éste más sentido práctico que en el suyo. “Es cierto, Brizard: usted trae á España los primeros elementos del bienestar. Por ahí se principia. Yo empiezo por el fin, porque no sé otra cosa. Cada uno comienza sus lecciones por aquello que más sabe... En la mente del discípulo siempre queda algo de la enseñanza que se le da, por más que ésta sea prematura. Yo digo á los españoles: “no sabéis comer;„ usted les dice: “trabajad y comeréis. „ Claro es que usted está en lo firme. Yo, si bien se mira, soy un profesor extra: vagante que coge á los chicos cerriles que

no saben leer ni escribir, y se pone á explicarles las asignaturas del doctorado.. . Pero todo es enseñanza, amigo. Algo quedará.. „

Sirvieron el plato de legumbres, que Guisando y Ernesto celebraron mucho, definiéndolo así: *concombres- farcis à la demi-glace*. Pidió Isaac su opinion á Teresa, la cual se dejó decir: “Señores míos, la turca que estoy cogiendo, no por mi gusto, sino por el empeño de ustedes en que yo empine más de lo regular, no me deja ser hipócrita. Quiero mentir con finura y no puedo.. . Esos *concombros* me parecen una porquería. Si mi cocinera me presentara este comistraje, yo le tiraría la fuente á la cabeza.. , Servido el asado, Teresa se resistió á comer más. Obstinóse Guisando en servirle una bien cortada lonjita del *Chapon à la financière*; regateó Teresa; cedió al fin con salados remilgos.

Debe decirse que la hermosa mujer, cuya iniciación en la vida grande aquí se describe, exageraba su torpeza ó su ignorancia de los refinamientos sociales. No los desconocía en absoluto; pero dotada de grande agudeza, calculó, antes de personarse en el banquete, que la afectación de finura podría llevarla, sin que de ello se diera cuenta, á una situación algo ridícula. Mejor y más airoso era la contraria forma de afectación, hacerse la palurda, la novata, todo ello desplegando su natural donosura. Y el resultado de esta táctica fué tal como ella lo pensó, admirable y decisivo. Isaac parecía extasia-

do; celebraba con entusiasmo las donosas salidas y sinceridades de la que pronto había de ser suya, y gozaba con la idea de educarla y darle un curso de todas las leyes y toques del buen gusto. Bien comprendía la muy ladina que a los extranjeros agrada lo que llaman *carácter*, color *local*, y que se enamoran de lo que menos se parece a lo de su tierra... Isaac, prendado locamente de la española, en ella simbolizaba la conquista de esta tierra, mirándola con amor y sembrando en ella ideas fecundas y fecundos capitales.

Una de las condiciones propuestas por Teresa en el trato de amor con Brizard, era que éste había de llevarla a París y tenerla allí una temporada, aprovechando el primer viaje que tuviera que hacer a la capital vecina. Con alegría dió Isaac su aprobación a esta cláusula. De ello y de los encantos de París en el segundo Imperio hablaron los tres caballeros en la comida, dando pie a Teresa para que se despachara a su gusto y con desenvoltura en este tema: "Mucho me gustará París. Tantas maravillas he oído contar, que ya me parece que las he visto... De seguro me divertiré y aprenderé pero todas las cosas buenas de París no me quitarán el ser española neta... Española voy, y más española vuelvo... ¿Que aprenda yo francés? Imposible, Ernestito... *Tarde pía*. Cuatro palabras aprendí en mi colegio, y con esas cuatro palabras y otras cuatro que allá me enseñen, me arreglare... Dicen

que la Emperatriz Eugenia, con ser nada menos que Emperatriz, no ha querido afan cesarse... Y yo pregunto: ¿por qué usará Napoleón esos bigotes engomados tan largos y tan tiesos?... No me hagan caso; estoy perdida de la cabeza... París, con todos sus monumentos, no vale lo que Madrid, que tiene las grandes plazas... Puerta Cerrada, la Red de San Luis, y como *butévares*, ¿dónde me dejan ustedes el Postigo de San Martín y la Costanilla de los Angeles?... París es bonito, alegre, y con cuatro magníficas fachadas al Mediodía, como quien dice, al Amor... todas las fachadas dan al Amor... En París hay mucho dinero, es la ciudad del dinero... y por ser aquel pueblo tan rico, hay allí más honradez que en los pueblos pobres... En los pueblos tronados viven todos los vicios... No me hagan caso... ¿Verdad que estoy dicien do sin fin de disparates? No sé lo que digo... Me han hecho ustedes beber más de lo que bebe una señora fina... No tengo costumbre... Soy lugareña y tonta... Las tontas se em borrachan antes que las listas... y a las honradas se les va la cabeza más pronto que a las disolutas... Yo me callo... Estoy avergonzada."

Protestaron los caballeros de está falsa vergüenza, y Guisando le dijo: "Está usted adorable, y el mareito se le quitará bebiendo esta copa de *Champagne*..." Isaac le rogó que bebiese, y ella sin melindres accedió. Le gustaba el *Champagne*: si pudiera, no bebería en las comidas más que

Champagne... La variedad de vinos le repugnaba: uno solo y superior. Guisando celebró esta opinión de Teresa, la más conforme con el gusto de él y de toda persona verdaderamente refinada. "Bebo-dijo Teresa tomando la copa larga, por cuya boca estrecha se escapaba la espuma,-bebo á la salud de mis buenos amigos; bebo á su felicidad, y á... á que tengan lo que desean... Usted, Isaac, que le salga bien el negocio que ahora le trae tan preocupado... ya me entiende... Usted, Guisando, que sea pronto Grande de España, por título... que ya lo es grandísimo por su magnificencia... y usted, Ernesto, que haga muchas conquistas, pues ya sabemos que es usted muy enamorado..."

—¡Oh, no, no! -dijo el plácido Anacarsis, presuroso en desmentir una suposición que, á su parecer, le desconceptuaba.—¿Enamorado yo? No es cierto, Teresa... Bien se ve que se le ha ido el santo al cielo... Exceptuando lo presente, tengo del bello sexo la peor idea...

-Pues perdóneme usted, Ernestito: no 'he dicho nada. Somos muy malas... Usted puede decirlo... y probarlo... Es usted un ángel... por eso tiene esos colores tan bonitos y esa frescura en el rostro... Señores, el *Champagne* me ha matado. ¿He dicho muchas gansadas?

-No, no, no...

-Ya no puedo más... Se me cierran los ojos... El comedor da vueltas... la mesa bai-

Ba... Guisando tiene dos caras: con las dos me mira y se ríe. Ernestito se pone sobre la cabeza el ramo del centro de la mesa... Me duermo, me... eclipse; me envuelve la noche. Isaac, por favor, deme usted la mano; ayúdeme á levantarme, y á llegar al sillón... al sillón que allí veo... Así, así... ya estoy á mi gusto... Aquí me desmayo... aquí me desvanezco... Por Dios, Isaac, mi buen Isaac, abaníquenle usted, deme aire; pero fuerte... Ya no veo más cara que la de usted, Isaac... El aire que usted me da me consuela, me anima... ¡Qué aire tan bonito, digo, tan fresco... tan...! No sé: es un aire extranjero... aire rico, muy rico... Isaac, deme más aire...

—Café bien fuerte,-dijo Guisando proponiendo el mejor específico contra las bo-tracheras de señora de buen tono.,

Con la ventilación enérgica que le administró Isaac, y el café y la dulce conversación, sin ruido, se fué despabilando Teresa y venciendo la somnolencia. Terminó la comida sin ningún incidente digno de figurar en la Historia integral ni en la fragmentaria, pues el hecho de arreglarse y cerrar trato aquella misma noche Teresita y Brizard es de esos que, por descontados y claramente previstos, no piden más que una mención... menos aún, una raya de cualquier color trazada en la página sin letras de esa historia que llamamos *Chismografía*.

XIX

Y esa historia sin letras dice que Teresita se instaló en la misma casa del ya referido banquete, días después de la partida de Aransis para la gloriosa y coruscante Atenas, como Encargado de Negocios de la Católica Majestad de Isabel II en aquel Reino. Obra fué del buen amigo Beramendi este destierro, ayudado por Narváez, quien tomó el asunto como propio y lo resolvió con diligencia. Llamado á París Isaac Brizard por el reclamo de sus negocios, determinó partir en Noviembre, llevándose á Teresa, conforme á lo convenido. Ni á ésta causaba temor el viaje en pleno invierno, ni quería separarse de Isaac, que era para ella el mejor de los hombres, extremado en la bondad y en la largueza, prodigando sin tasa su dinero como su cariño. Sobre el punto interesante del estipendio de amor, Teresita veía colmadas sus ambiciones. El gozo de ver satisfechos todos sus gustos se completaba con la dicha de tener sobrantes y de atender con ellos á necesidades ajenas, empezando por su madre, que era una boca no fácil de tapar. Pero en aquella venturosa etapa para todo había.

Con sus íntimas amigas tuvo Manolita Pez algunas confianzas que merecen ser

consignadas en estos papeles: "A Teresa la ha venido Dios á ver con ese francés tan frescachón y tan caballero. Ya quisieran los nobles de aquí parecerse en la lozanía del rostro, que es lo mismo que una rosa, y en la mano siempre abierta para complacer á su adorada. Yo le he dicho á Teresa que no aparte sus ojos del porvenir... Además del tanto fijo que *Musiú* Brizard le señale para la vida corriente, debe mi hija poner todo su talento en sacarle *un millón*.. ¿Qué es un millón para una mujer de tanto mérito? Y con es te capitalito ya puede la niña echarse á dormir. . . El día de mañana, si ese señor pasa á mejor vida, lo que no quiera Dios, ó si por envidia le arman algún enredo para que rompa con mi hija, ésta podrá bandearse sola, sin tener que aguantar las pejugueras de un vejete baboso, de un puerco, de un tío cargante; y aun podría encontrar proporción de matrimonio. Con el milloncito todo se olvidaría, ¡vaya! . . . ¡Y que tendría mi Teresa mal gancho para pescar marido; y éste no había de ser un cualquiera, sino persona de algún viso, y quizás con el pecho cargado de cruces y bandas!.,

Con Centurión no se trataba Teresa directamente, y bien lo sentía, que para ella no habría mejor gusto que poder acudir al remedio de las escaseces que á don Mariano le trajo su cesantía. Sabía de él y de doña Celia por su tía Mercedes, la mujer de Leovigildo Rodríguez, con quien reanudó el trato después de una temporadita de moños.

También Leovigildo estaba cesante, situación lastimosa en aquel honrado matrimonio, cargado de familia. La pobre Mercedes, al poco tiempo de desembarazarse de una cría, ya se mostraba con los evidentes anuncios de otra. Y creyérase que en los períodos de cesantía procreaban más los desgraciados cónyuges. La sociedad quería matarlos de hambre, y ellos aumentando sin cesar el número de bocas. No faltaban, afortunadamente, personas caritativas que se condoliesen de su desamparo y fecundidad, entre ellas Teresa, que les enviaba surtido de zapatos para toda la cáfila de criaturas, ó repuesto de arroz y garbanzos para muchas semanas. Don Mariano que había tomado entre ojos á los Villaescusas de una y otra rama, no quería tratarse con la esposa de Leovigildo; pero doña Celia, más benigna, la visitaba algunas tardes á hurtadillas de su marido. La señora de Centurión y Manolita Pez se encontraban algún día en un terreno neutral, la casa de Nicasio Pulpis, esposo de Rosita Palomo, y allí, rompiendo doña Celia la consigna que su marido le diera de no tener trato con la Coronela ni con su depravada hija, hablaban de sus respectivas desazones. La curiosidad más que el afecto, movía comunmente á doña Celia Palomo á preguntar por Teresa; respondía Manuela, tratando de dorar la deshonra de su hija con hábiles artificios de palabra.

Con la de Navascués no había vuelto á tener Teresita ningún trato. Traidora y des-

leal llamaba Valeria á la que fué su amiga, y no le perdonaba el solapado ardid que empleó para sustraerle *el libro de texto*. Mala partida como aquella no se había visto nunca. Dos ó tres veces se cruzaron las dos hembras en la calle, y se dispararon miradas rencorosas. No desconocía Valeria que para ella había sido un bien la retirada de *Aran-sis*, que arruinado ya, no era partido de conveniencia para ninguna mujer. Pero *esta* consideración no le quitaba el reconcomio contra Teresa, en quien, por otra parte, reconocía un magistral talento para conducirse en sus empresas de amor, y prueba de ello era la reciente pesca del opulento frances Isaac Brizard. Sin duda por llevar tan buena parte en los favores de la suerte, Teresa no se cuidaba de aborrecer á su víctima. Más bien le tenía lástima, sabedora de que la pobrecilla andaba mal de intereses. Por las prenderas que *corrían* trajes de lujo en buen uso, supo que Valeria lanzaba al mercado de ocasión, malbaratándolas, *algunas* piezas de valor, abrigos, cachemiras, mantón de la China. Supo también que á la famosa corredora Paca la *Bizca* debía un pico de consideración por dos sortijas y un alfiler que adquirió antes del destierro de Navascués. De esto tomó pie Teresa para lanzar contra Valeria una bomba en la que había de todo, burla y compasión. Era la travesura de la enemiga vencedora, que *sintiéndose* fuerte, quería mortificar á su rival en una forma que le expresara su lás-

tima desdeñosa, su generosidad, quizás el deseo de hacer las paces. El día antes de su partida para Francia, Teresa 'escribió esta carta: "Estimada maestra y amiga: Un pajarito me trajo el cuento de que la respetable corredora *Paca Za Bizca* te hizo dos mil y tantas visitas para que le pagaras dos mil y tantos reales de aquel alfiler y sortijas de marras... Sé que cuantas veces fué la corredora á tu casa con este objeto, salió con las manos vacías... Pues bien; para que veas si te estimo, Valeria, hoy he dado á Pepa los dos mil y pico, encargándole que no vuelva á molestarte por esa bicoca. Acepta este favor de la que fué tu amiga, y no te atufes ni salgas ahora con pujos de una dignidad que habría de ser fingida... No tienes que devolverme esos cuartos, que ahora los tengo de sobra, gracias á Dios... Abur, bobita. Mañana salgo para París, donde me tienes á tu disposición para todo lo que gustes mandarme. -Tu fiel compañera, *Therese Brizard*."

Mostró Teresa esta carta al bueno de Isaac, para que después de leerla le dijese cómo había de poner su nombre en francés. Hallábase presente Riva Guisando, y ambos amigos celebraron el rasgo generoso y la gracia zumbona, que de todo había. Partieron los amantes á París al día siguiente; despidióles Guisando al arrancar la silla de postas, de la propiedad de Brizard, y por la tarde se fué á visitar á su amiga la Marquesa de Villares de Tajo (Eufrasia), á quien contó lo

de la carta de Valeria, repitiéndola casi textualmente. Bien conocía la dama los enredos de la sobrina de su esposo, y la depravación que se iba marcando en ella. Después de comentar y reir el caso de la carta, *Za moruna* rompió en este bien entonado epifonema: "¡A qué extremo llegan ya, Dios mío, los desvaríos de esta sociedad! . . . ¿A dónde vamos á parar por tal camino? Mentira parece que esas dos chiquillas, tan monas, tan inocentes cuando vine yo de Roma casada con Saturno, se hayan perdido escandalosamente, cada cual á su modo. Virginia, con las antorchas de Himeneo aún encendidas, se escapa con un chico menestral, y anda por esos pueblos hecha una salvaje, y esta Valeria corre á la perdición amparada del formulismo matrimonial, con lo que me sesul ta más perversa que su hermana. "

Dijo á esto Guisando que Valeria claudicaba por espíritu de imitación, sin arte ni riqueza para cohonstar sus incorrecciones. Dos cosas redimían del pecado, según la filosofía guisandil: el buen gusto y la opulencia. Las maldades parecían peores cuando eran feas. . . y pobres. Todo era relativo en el mundo, hasta los vicios. De estas opiniones casuísticas no participaba Eufrasia, que en aquel punto de su existencia (los treinta y cinco años) se dedieaba con ahinco á señalar á la juventud los caminos derechos, únicos que conducen á la virtud y á la paz del alma. Era, en aquel período histórico, la conducta de la Villares de Tajo mejor y más

limpia que su fama. El mundo, que en *la* plenitud de tantos escándalos exageraba los desvaríos de la sociedad matritense, la suponía en amores con Riva Guisando. ¡Falsa y calumniosa especie! ¿Mas quién destruye un errado juicio en tiempos en que el aire viciado divulga, no sólo la corrupción, sino las vibraciones de ella manifestadas en el lenguaje? Entre la *moruna* y el esplendido caballero y *gourmet* Riva Guisando, no había más que una sincera y noble amistad fundada en la armonía de pareceres sobre algunas materias sociales, y por parte de él, ligero matiz de adoración platónica, que tenía su origen en la gratitud, como á su tiempo se demostrará. Preguntado el caballero por la distribución de sus comidas, dijo: “Esta noche como en casa de Navalcarazo; mañana en la Legación de los Estados Unidos.

-Aunque tenga usted-le dijo Eufrasia, -que renegar una vez más de la cocina española, el viernes comerá usted con nosotros. . . Ya le pondremos algo de su gusto: las famosas chuletitas de cordero à *Za Bechamel*, y la tan ponderada *Salade celeri et betterave*.

- Con esos ojos que ahora me miran-replicó el *gourmet*, - tengo bastante. . . Ya sabe usted que *los* ojos á *la española* son mi delicia. . . Quedamos en que el viernes. . .

-Apúntelo usted para que no se le olvide. ”

Era Riva Guisando, como *se* ha dicho, un artista genial del buen porte, de la *bue-*

na vida, del buen comer. . . Y esto debe repetirse al consignar que su abolengo no fué tan humilde como la gente decía; ni vendió pescado su madre, como propalaron los que querían denigrar su arrogante-*persona*. Nació en una capital andaluza, de familia decente, privada de bienes de fortuna, y desde su más tierna infancia se distinguió el muchacho por la compostura y aseo de su persona, por lo afinado de sus gustos y su fácil asimilación de todo lo que constituye la personalidad externa, y los medios del bien parecer. Vino á Madrid muy joven en busca de fortuna, y á poco de llegar, su exquisita educación y su prestancia no aprendida le proporcionaron relaciones excelentes. Alternó con la juventud elegante; sabía ganar amigos, porque á todos encantaba con su trato, y á ninguno con destempladas jactancias ofendía. Era tan modesto en su alma como fastuoso en su cuerpo; su orgullo no pasaba de la ropa para dentro. El primero en el vestir, no anhelaba confundir á los demás por otra clase de superioridad, y poseía el supremo arte de no lastimar á nadie, de contentar á todos, conservando su dignidad. No creo que haya existido en Madrid más consumado maestro de las buenas formas: por esta cualidad Madrid le debe gratitud. De todo hemos tenido modelos admirables. ¡Lástima grande que con modelos perfectísimos de cada una de las partes, no hayamos tenido nunca el modelo sintético? integral!

Para vivir con tanto boato, introducido en la sociedad de los ricos, Guisando no disponía de más caudal que su sueldo en Hacienda; y por los años á que este relato se refiere, no cobraba el hombre arriba de diez y seis mil reales. De su honradez daban testimonio algunos hechos que como irrefutable verdad histórica deben consignarse aquí. ¿Qué era el buen Guisando más que un milagro, el milagro español, ese producto de la ilógica y del disparate que sólo en esta maravillosa tierra puede existir y ha existido siempre? Ya se irá viendo esto, y por ahora, léanse aquí los motivos de la gratitud de Guisando á la Marquesa de Villares. Desde que ésta le conoció en casa de los Condes de Yébenes, y pudo enterarse de la formidable disonancia entre el *Coram vobis* de aquel sujeto y sus menguados medios de subsistencia, le miró con interés y curiosidad. Aficionada Zn moruna á las generalizaciones, y ducha en buscar la entraña de las cosas, vió en él como una imagen sintética de la sociedad de aquel tiempo. No podía imaginarse nada más español que Guisando, debajo de sus apariencias europeas. Tratándole después con cierta asiduidad, tuvo ocasión Eufrasia de apreciar en él cualidades que al pronto le parecieron inverosímiles, pero que al fin, por especiales circunstancias, pudo comprobar plenamente. Ascendió Riva Guisando á Jefe de Negociado en la Dirección de Rentas. Un amigo de los Socobios, don Cristóbal Campoy, ex-diputado, tenía en aquella

oficina un embrollado expediente, de esos que se atascan en los baches de la administración, y no hay cristiano que los mueva. Se recomendó el asunto á Guisando: éste lo saco del montón, lo estudió y resolvió, como se pedía, en menos de una semana. Maravillado y agradecido el señor Campoy, creyó que procedía recompensar la diligencia del funcionario con un discreto obsequio en metálico, y sin detenerse entre la idea y el hecho, dejó algunos billetes del Banco metidos en una carta, sobre la mesa del arrogante andaluz, quien no tuvo sosiego hasta remitirlos con atenta epístola á las manos del propio donante. ¿Era esto moralidad intrínseca, ó un *bello gesto* de elegancia, un rasgo más de gran artista social? De todo había. Honradez y arte perfeccionaban la figura del caballero.

Al saber esto Eufrasia, se decía: “¿Pero cómo vive un hombre que sólo en planchado de camisas ha de gastarse todo su sueldo, y aun puede que no le baste?., Hablando de esto con algún amigo muy conocedor del mundo, oyó Za moruna explicaciones aceptables de aquel milagroso vivir: “Se pasa la madrugada en el Casino, y hace sus visitas á las mesas del 30 y 40. Hay muchos que de este modo se ayudan... van viviendo.” O tros casos, semejantes al de Campoy, que llegaron á conocimiento de la Villares de Tajo, persuadieron á ésta de la rectitud y caballerosidad del atildado señor. Además, el trato frecuente le reveló en él otra cualidad, ra-

rísima en la esfera social de aquel tiempo, Poseía el secreto de la conversación amena sin hablar mal de nadie. A todo el mundo encantaba, sin emplear la ironía maliciosa. Defendía gallardamente á los que en su presencia recibían daño de las malas lenguas, y cuando la defensa era imposible, callaba... Pues estas excelentes cualidades del sujeto agradaron á la dama y la movieron á protegerle. Cesante en el bienio, repuesto el 56 por influjo de Ros de Olano, le puso en peligro un malhadado arreglo del personal de Hacienda; pero Eufrasia acudió á Cantero, y no fué menester más para sostenerle. A la caída de O'Donnell y elevación de Narváez, temió el *gourmet* que le perjudicara el haber sido recomendado por un general de la Unión; pero la Marquesa habló expresivamente á Barzanallana, ponderándole la capacidad y el celo del empleado andaluz, y esto bastó para que quedara bien seguro en la nueva situación. El vulgo avieso y mal pensado vió en esta protección lo que no había, pues si la *moruna* endulzaba entonces su existencia con algún pasatiempo amoroso, iba su capricho por órbita muy distinta de la de Riva Guisando, y si en pasos de amor andaba éste, por querencia desinteresada ó por estímulos de su ambición, no pisaba los caminos de Eufrasia, su incomparable amiga y protectora. La lógica de tal protección era que la *moruna* admiraba al caballero del milagro español, el único milagro que admitían tiempos tan irreligiosos

y corruptos, la suprema maravilla de ser grato á todos ejerciendo la elegancia como virtud, y la virtud como arte. Era D. José de la Riva algo nuevo y grande en nuestra sociedad: la esperanza del reino del bienestar y de la alegría, destronando á la miseria triste.

XX

¡No había caído mala nube sobre nuestra pobre España! Los moderados, con el brazo férreo de Narváez y la despejada cabeza de Nocedal, estaban otra vez en campaña, comiéndose los niños crudos, y los buenos platos guisados del presupuesto. Todo para ellos era poco: ni una plaza dejaron para los infelices del Progreso y la Unión. A los españoles que no eran borregos del odioso *moderantismo*, les miraban como clase inferior, esclava y embrutecida. ¿Era esto gobernar un país? ¿Era esto más que una feroz política de venganza? A la Ley de Desamortización dieron carpetazo, y en cambio sacaban nueva Ley de Imprenta, que no era más que un régimen de mordaza, de Inquisición contra la grande herejía de la verdad. Temblaban los ciudadanos que en su vida tenían algún *an teceden* te liberal; otros defendían sus personas y haciendas con el ardid de la adulación. El alma de España cubriase de las nieblas del miedo y en sí misma se reco-

gía, como los inocentes acusados y perseguidos que al fin llegan á creerse criminales.

Ya no se atrevía el iracundo Centurión á soltar en público sus honrados anatemas. Temeroso de que sobre él ó sobre sus buenos amigos recayese algún duro castigo, licenció la tertulia del café de Platerías. Los leales que le escuchaban como á un oráculo hubieron de congregarse en la propia casa ó templo de don Mariano, que al quedar cesante, tuvo que cambiar la dispendiosa vivienda en la calle de los Autores por otra más reducida y barata en la de San Carlos, esquina á Ministriles. Lo más doloroso de la mudanza fué el transporte de jardines balconeros, y la precisión de deshacerse de corpulentos árboles y enredaderas vistosas que no tenían espacio en la nueva casa. Sobrellevó con cristiana paciencia doña Celia este desmoche de su riqueza forestal, y don Mariano, en un arranque de amargo pesimismo, entristeció más el alma de su esposa con estos lúgubres conceptos: "Abandona, Celia, todas tus plantas aromáticas y floridas, y trae á tus balcones un ciprés y un llorón, únicos árboles que ahora nos cuadran. Cadáveres ó poco menos somos, y nuestra casa cementerio ."

A darle conversación iban algunas tardes el bajo Cavallieri, que se defendía miserablemente cantando en las misas solemnes y en los funerales de primera; don Segundo Cuadrado, que con tétrico humorismo trataba de regocijar los abatidos ánimos; Nicasio

Pulpis, que iba pocas veces, casi de tapadillo, con el solo fin de hablar pestes del Gobierno y desahogarse, pues ya los militares ni en los rincones más oscuros de los cafés podían aventurar una palabra de política. Iba muy de tarde en tarde Baldomero Galán, y no parecían ya por allí ni la Marquesa de San Blas, ni Aniceto Navascués, ni Paco Bringas, estos dos últimos vendidos al Gobierno y adulones de Nocedal.

Si en política no transigía Centurión por nada de este mundo con sus enemigos, en otros órdenes de la vida era menos inflexible, y daba paz á su fiereza. Amansado por la desgracia, volvió á tratarse con la Coronela, viuda de Villaescusa, y recibía de ella alguno que otro obsequio. Por Manolita sabía las buenas andanzas de Teresa en París, lo alegre que estaba y el mucho dinero de que disponía. La madre y la hija se escribían á menudo, y en ninguna de sus cartas dejaba Manolita de recordar á Teresa el cuidado de allegar el consabido millón, que le asegurara la existencia por el resto de sus días. Para hablar de esto, tenía la Coronela que emplear una clave, escondiendo la idea del millón debajo de la figura y nombre de un santo muy venerado. "No se aparte de tu mente-leía Teresa, ni de día ni de noche la devoción que debes á nuestro santo tutelar el bendito San Millán. Que ese glorioso santo guíe tus pasos, que sea contigo siempre, y que te acompañe cuando vuelvas al lado de tu madre. "

Refería Manolita cuantas impresiones le comunicaba Teresa, los monumentos que veía, las preciosidades sin número que Isaac le compraba, y cuando se le iba concluyendo la realidad, metíase á inventar nuevos prodigios. Una tarde, no teniendo cosa positiva que contar, relató un sueño que tuvo la noche antes, el cual, si fuese verdad, había de traer grande trastorno al mundo. Desgraciadamente no era más que sueño, si bien de los más lógicos y verosímiles. Pues Señor, Manolita había soñado que su hija llamaba la atención en París... Iba por la calle, y todos se paraban para mirarla. Millonarios franceses y príncipes rusos le enviaban ramos de flores y cartitas pidiéndole relaciones. Tanto de ella se hablaba, que Napoleón quiso verla. De la ocasión y lugar en que la vió, nada decía la señora: este punto interesante quedaba envuelto en las neblinas del sueño... Total: que al Emperador le entró la niña por el ojo derecho. Locamente enamorado, iba de un lado para otro en las Tullerías clamando por Teresa, y pidiendo que se la llevaran... Aquí terminaba el sueño, y era lástima. ¡Sabe Dios la cola que traería el capricho imperial, y las complicaciones europeas que podían sobrevenir si...! En fin, no hay que reirse de los sueños, que á lo mejor resultan profecías ó barrantos vagos de la realidad.

Para Centurión, que no tenía derechos pasivos, era la realidad bien triste, sin que la embelleciera ningún ensueño. La situa-

ción reaccionaria, reforzada por el innegable talento de Nocedal, llevaba trazas de perpetuarse. Había moderados para un rato. Y aun cuando la Reina, con otra repentina veleidad, les pusiese en la calle, sería para traernos á O'Donnell, con su caterva de señoretas tan bien apañados de ropa como desnudos del cacumen. No había, pues, esperanzas de colocación, los escasos ahorros se irían agotando, y la miseria que ya rondaba, vendría con adusto rostro á prepararles una muerte tristísima. Como si las propias desgracias no fueran bastantes, las ajenas llamaban á la puerta de don Mariano con desgarrador acento. Leovigildo Rodríguez, que en la desesperación de su miseria solía recurrir á las casas de juego, arriesgando un par de pesetas para sacar un par de napoleones, tuvo un percance en cierto garito de la Plaza Mayor, junto á la Escalerilla. Por un tuyo y mío surgió pendencia soez, y arrastrado á ella Leovigildo por su genio arrebatado, recibió un navajazo en el costado derecho, que á poco más le deja en el sitio. La herida era grave, pero no mortal. Lleváronle á una botica próxima; de allí, á su casa; Mercedes se desmayó, y los chicos entonaron un coro angélico que partía los corazones. Acudió Centurión al clamor de la vecindad, pues Leovigildo vivía en la calle de Lavapiés muy cerca de la de San Carlos, y viendo que en la casa se carecía de todo, y no había medios de hacer frente á la gran calamidad que se entraba por las puer-

tas, acudió á Segismunda, hermana del herido. Esta fatua señora se limitó al ofrecimiento de sufragar los gastos de médico y botica. No podía más, según dijo, y harta estaba ya de socorrer á su hermano, que con su mala cabeza y peor conducta llamaba sobre sí todos los infortunios. Tan bárbaro despego puso al buen don Mariano en el compromiso de atender á la manutención de toda la chiquillería y de la madre, mientras el herido se restableciese, que ello sería muy largo. ¿Qué había de hacer el hombre?

Y menos mal si las calamidades vinieran solas; que solas ¡ay! no venían, sino trabadas entre sí con enredo de culebras que retuercen la cola de una en la cabeza de otra. A la entrada de primavera tuvo doña Celia un ataque de reuma que empezó con agudos dolores en la cintura, acabando en una completa invalidez y postración de ambas piernas. Creyó Centurión que el cielo se le desplomaba encima. Habría tomado para sí la enfermedad de su esposa, si estos cambios pudieran efectuarse. Se avecinaban días horrorosos, requerimiento de médicos, que uno y dos no habían de bastar, dispendios de botica, y, sobre todo, el dolor de ver en tan gran sufrimiento á la bonísima Celia. ¡Y este traspaso, estas angustias, venían en tiempo de maldición, que maldición es la cesantía y azote de pueblos!... Antes castigaba Dios á la Humanidad con el Diluvio; á Sodoma y Gomorra con el fuego: ahora,

descargando sobre los países corruptos una nube de **moderarlos**, en vez de castigar á los malos les da de comer, y á los buenos los mata de hambre. “¿Quién entiende esto, Señor; qué cojondrios de justicia es la que mandan los cielos sobre la tierra?..”

Ya sabía Dios lo que hacía. Proponiéndose tal vez dar á la Humanidad otro Job que fuera lección y ejemplo de paciencia ante la rigurosa adversidad, dispuso que cayeran sobre el poco sufrido don Mariano nuevas y más atroces desventuras, que se referirán á su debido tiempo. Sépase ahora que las de masías del Gobierno Narváez-Nocedal tenían constantemente al infeliz cesante en un grado de exaltación que le amargaba la existencia. Cuando se hicieron públicos los graves sucesos del Arahál, una revolución más agraria que política, no bien conocida ni estudiada en aquel tiempo, no podía el buen hombre contener su ira, y en medio de la calle con descompuestos gritos expresaba su protesta contra la bárbara represión de aquel movimiento. Cuadrado, que con él venía calle abajo por la de Lavapiés, le recomendó que adelgazara la voz y reprimiera su justa cólera, pues no estaban los tiempos para vociferar en público sobre tan delicadas materias. Pero él no hacía caso: á borbotones le salían los apóstrofes, y la justicia y la verdad que proclamaba no se avenían á quedarse de labios adentro. En la puerta de la tienda de un sillero, conocido en todo el barrio por sus fogosas ideas, puso cátedra Cen-

turión, y ante el auditorio que pronto se le formó, el sillero y su mujer, el zapatero de un portal próximo, dos transeuntes que se agregaron y cuatro chiquillos de la calle, rompió con estas furibundas declamaciones:

“¿Qué pedían los valientes revolucionarios del Arahál? ¿Pedían Libertad? No. ¿Pedían la Constitución del 12 ó del 37? No. ¿Pedían acaso la Desamortización? No. Pedían pan... pan... quizás en forma y condimento de gazpacho... Y este pan lo pedían llamando al pan Democracia, y á su hambre Reacción... quiere decirse que para matar el hambre, ó sea. la Reacción, necesitaban Democracia, ó llámese pan para mayor claridad. — No creáis que aquella revolución era política, ni que reclamaba un cambio de Gobierno... era el movimiento y la voz de la primera necesidad humana, el comer. Bueno: ¿pues qué hace el Gobierno con estos pobres hambrientos? @andarles algunos carros cargados de hogazas? No. ¿Mandarles harina para que amasen el pan? No. ¿Mandarles cuartos para que compren harina? No. Les manda dos batallones con las cartucheras, bien surtidas de pólvora y balas. La tropa, bien comida, pone cerco al pueblo, embiste, penetra en las calles y acosa con tiros á la multitud revolucionaria para que se entregue. ¿Por ventura los soldados apuntan á la cabeza? No. ¿Apuntan al corazón? No. Apuntan á los estómagos, que son las entrañas culpables. El corazón y el cerebro no son culpables... So van los tiros á matar las

ideas, que no existen; no van á matarlos sentimientos, que tampoco existen: van á matar el hambre... Dominada la insurrección y cogidos prisioneros sin fin, el jefe de la fuerza escoge para escarmiento los que han sido mas levantiscos... En las caras se les conoce su perversidad: fíjanse en los más pálidos, en los más demacrados. Aquéllos, aqué-
llos son los que gritaron Democracia, que fué un disimulo del grito de Pan... Pues escogidos cien democráticos, ó dígase cien estómagos vacíos, los llevaron contra unas tapias que hay á la salida del pueblo, y allí les sirvieron la comida, quiero decir, que los fusilaron... Y ya se les cerró el apetito, que abierto tenían de par en par. No hay cosa que más pronto quite la gana de comer que cuatro tiros con buena puntería... Esos cien hambrientos pronto quedaron hartos... Ya lo veis, señores: cien hombres fusilados por el delito de no haber almorzado, ni comido, ni cenado en muchos días. ¡A esto llaman Narváez y Nocedal gobernar á España! España pide sopas: ¡tiros! España pide Justicia: ¡tiros! Yo pregunto: ¿tiene hambre Narváez? No tiene hambre, sino sed de sangre española. Pues démosle nuestra sangre; que acabe de una vez con todos los buenos liberales. ¿Preferís vivir sin comer á morir de un tiro? No... ¿De qué os duele el estómago, de empacho de Libertad, ó de vacío de alimentos? De vacío de alimentos. ¿Creéis que con ese horrible vacío se puede vivir? ‘No. Pues pedid al Gobierno que os mate, que

bien sabe hacerlo. . . Y para ab;-eviar, digo yo: ¿no sería más sencillo que al decretar las cesantías en un cambio de Gobierno nos reunieran en un patio ó en la Plaza de Toros á todos los cesantes con sus familias respectivas, y poniéndonos en fila delante de un pelotón de soldados, nos vendaran los ojos y nos mandaran rezar el Credo...? El jefe de la fuerza daría las voces de ordenanza: “¡Preparen!... ¡apunten!... ¡cesen!..., y pataplum... cesábamos... Todas las penas se acababan de una vez... Con Dios, señores, y á casa, que huele á pólvora... y sopla un aire tempestuoso cargado de Nocedales... Con Dios. ”

XXI

Aunque debía su puesto á los *hombres de Julio*, el gran *Sebo* era una escepcitn venturosa en nuestra política, y no estaba cesante bajo la dominación moderada. Decía, de él Centurión que era una de esas lapas que no se deeprendén de la roca sino hechas pedacitos. El caso fué que en la crisis de Octubre del 56, la subida de Narváez hirió á Telesforo en lo más sensible de su dignidad. ¿Con qué cara continuaría en su empleo, él, que bien podía contarse, y á mucha honra, entre los *hombres de Vicálvaro*? ¿Presentaría la dimisión antes que un ignominioso puntapié le lanzara á la calle? En

tales dudas estaba, cuando su protector, é. Marqués de Beramendi, confortó su turbado espíritu con estas razones: “Usted no dimite, ni le dimiten, porque es un funcionario irremplazable en el organismo de la Administración. Y para que el amigo Nocedal así lo comprenda, y detenga la mano alevé que á estas horas emborrna las cesantías, voy á prevenirle al instante, diciéndole quién es *Sebo* y lo que significa. y vale. ” Así lo hizo Fajardo, y no fué preciso más para que *las narices de perro pachón* se salvaran deldesmoche, y ejercieran su olfato en servicio del nuevo Ministro.

Un año después de esto, en Octubre del 57, tuvo que ver Beramendi á Nocedal para un asúnto que vivamente le interesaba; mas antes de ir á Gobernación, habló con Telesforo, habilísimo en descubrir hechos ignorados y en encontrar la relación de ellos con otros conocidos. De él sacó Beramendi cuantos datos podían servirle, y se fue derecho á Nocedal, cogiéndole en su despacho á la hora en que le creyó menos agobiado de visitantes políticos y de pretendientes jaquecosos.

Apreciaba realmente Fajardo al Ministro de la Gobernación, aunque las ideas de uno y otro rabiaban de verse juntas; le tenía en gran estima por su talento, por su cultura y amenidad, y hasta por el gallardo cinismo con que había pasado de la exaltación progresista á los furores ultramontanos. No veía en esto defección ni apostasía, creyendo

que ningún hombre esta obligado en edad madura á respetar su propia juventud. La juventud es aprendizaje, ensayo de medios de vida, tanteo y calicata de terrenos. Cada cual sabe á dónde va, y por dónde va mas seguro, según sus aspiraciones y fines. El pensar, al vivir debe subordinarse. Nocedal comprendió que por el Progresismo, terreno á media formación y surcado de zanjas peligrosas, no se iba á ninguna parte. Los caminos de la reacción podían llevarle más pronto á resolver los capitales problemas de la existencia. La Libertad era, en verdad, cosa esplendida y sugestiva; pero aventurarse por sus senderos tortuosos y de extrema longitud, era locura no teniendo doscientos ó trescientos años por delante. La vida es corta. ¿A qué malograrla en lo inseguro, en lo discutido, en lo variable? ¿No es más práctico apoyarla en lo indiscutible y eterno, en la base sólida de las cosas dogmáticas? Beramendi se ponía en su caso, y hallaba muy natural que hubiese tomado postura política al arrimo de la Iglesia. Era un gran talento que gustaba de comodines. Fácil es la política en que todo se arregla echando á Dios por delante: no es preciso argumentar mucho para esto, porque en el ultramontanismo todo está pensado ya. ¡Qué cómodo es tener la fuerza lógica hecha y acopiada para cuantos problemas de gobierno puedan ocurrir!

Entró Beramendi en el despacho del Ministro; éste se fué á su encuentro con rostro

alegre, y al estrecharle ambas manos tiró de 61 para llevarle junto á un balcón donde podían hablar con más reserva. Contra las presunciones de Fajardo, había gente, aunque no mucha ni la más enfadada del ganado político. “Ya sé á qué viene usted-dijo el Ministro.-Y usted sabe también que este cura, Cándido Nocedal, ha hecho en el -asunto cuanto humanamente podía.. .

—No, amigo, no: usted puede y debe hacer mucho más. Déjeme recordarle el caso y agregar algunos antecedentes que usted ignora.

—Me parece que no ignoro nada. La hija de Socobio y su amante vinieron á Madrid el mes pasado.. . creo que de un pueblo próximo á Villalba. Traían un niño enfermo, el único hijo que han tenido, creo yo.

—El único. El niño tenía poco más de dos años. Por quien le ha visto sé que era una criatura ideal. . . Enfermó en el pueblo, y no sabiendo sus padres, cómo curarle, le trajeron á Madrid. Se alojaron en la calle de la Ventosa, miserablemente; buscaron médico... Ni el médico pudo hacer nada, ni Dios quiso salvar al niño. Imagínese usted, mi querido Nocedal, la tribulación de aquellos infelices, privados de todo recurso... Y en esta situación, la infame policía les rondaba.

—Y qué quiere usted, amigo mío. La policía tiene que cumplir con su deber. No deja de ser lo que es porque los criminales se encuentren en una situación patética, digna de piedad, de misericordia.. .